

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLVIII

San José, Costa Rica

1953

Domingo 15 de Marzo

Nº 4

Año 33 — No. 1149

Vallejo muerto

(En Rep. Amer.)

Vallejo muerto es como un niño
a quien le duelen las palabras,
la sangre, el mar, París, el verso
y las estrellas últimas del alba.

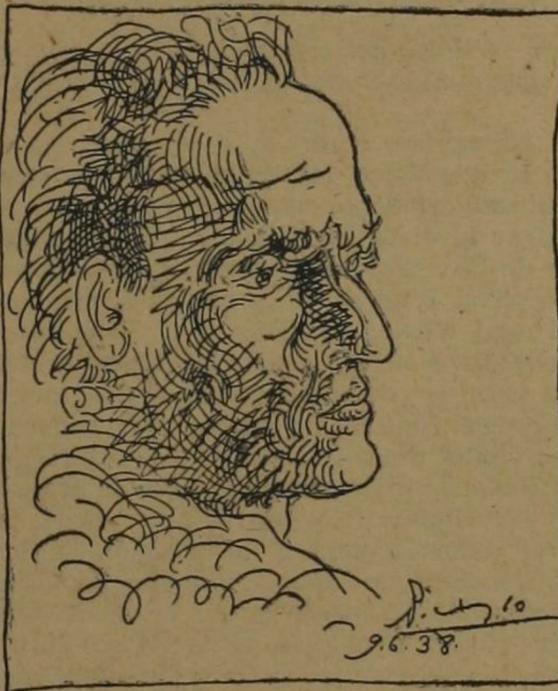
Muerto está él,
de rodillas su voz reza en la almohada
y el vaso de su vida se derrama.
Hijo ya de la tierra y de las plantas
su sombra singular no se emociona
con el aroma de las rosas blancas
y con sus manos cierra las ventanas
de la tremenda casa.

Vallejo muerto.
Lejos de los pájaros,
ausente de la selva y de las aguas,
del sufrimiento indígena de América
y de la rota libertad de España.

Vallejo inmóvil,
alto, tierno, frío,
y la muerte mirándole, asombrada,
llorando inútilmente su mortaja
exactamente funeral y clara
y el dolor de llevarlo entre sus alas
a donde Pedro Rojas, el minero,
y a donde Juana Vásquez, la hortelana,
a ese país abscondido y delgado
donde hay tranquilos ángeles que cantan.

Oscar ACOSTA.

Lima, agosto de 1952.



César Vallejo

(Por Picasso)

César Vallejo

(APUNTES PARA UNA REVISION)

(En Rep. Amer.—Envío del autor)

Según José Carlos Mariátegui, *Los Heraldos Negros* (1918) inaugura en el Perú una poesía nueva; poesía de nuevo estilo, que importa una técnica y lenguaje nuevos, es decir, técnica y lenguaje simbolistas, expresionistas, dadaístas y suprarrealistas. El autor es el creador absoluto de nueva sensibilidad; el artista rebelde que expresa el auténtico sentimiento indígena e interpreta el espíritu del indio en todos sus matices metafísicos: animista, nostálgico, pesimista sustancial, fatalista a lo oriental y, todo ello, impregnado del dolor humano. César Vallejo no está urgido por apremios racionalistas y su romanticismo es espontáneo que, lógicamente, debía conducirle al socialismo. Es, además, poeta de una estirpe, de su raza, de su medio (americanismo genuino) y pertenece a su evo, a su época. Su lenguaje es de poeta y de hombre.

El ensayo de Mariátegui se publicó hace más de 21 años. Para este análisis crítico, tan rico en atisbos y pensamientos medulares y más exacta ubicación del poeta santiagu-chuquitano en el panorama de la literatura peruana, asienta este principio, que también es una confesión: "por los ca-

minos universales, que tanto nos reprochan, nos vamos acercando cada vez a nosotros mismos".

En efecto, en la poética de Vallejo, rastreó la expresión perdurable, lo intrasferible. El substrato humano que le emparentaba con los grandes creadores de la poesía universal; con los troqueladores de la conciencia social de los pueblos en himnos y cantos de lirismo raigal. Sin abdicar, por supuesto, de sus hondas angustias que arrancan del ancestro; de sus hesitaciones de poeta de una raza, de una estirpe. Sin que se diluya jamás, su angulosa fisonomía de *jarawico* austero, que tañe su cañuto de obsidiana para modular esos cantos intensamente dolidos como golpes de sangre en el corazón; rudamente corajudos como millares de manos labriegas que avientan las semillas luminosas sobre los surcos húmedos; cantos salidos de sus propias entrañas de lírico "sincero y peruanísimo".

El magnífico ensayo mariateguista, que hemos glosado, ha servido de patrón para que la crítica hispano-americana y, también, la saxoamericana, recorten su exégesis sobre medida. Y esto es humanamente triste en tratándose de una obra de alta

jerarquía y de un gran poeta, calado de humanidad hasta sus "huesos fidedignos". Esos asertos primigenios del autor de *7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana*, se repiten con obstinación pueril, con mayor o menor descaro y solamente adobándolos con una frondosa bio-bibliografía. Juicios, naturalmente, susceptibles de revisión y enmienda. La revaloración de la obra, de la vida y pasión de Vallejo no debe estagnarse en frases manidas. Eso es castrar la fuerza viva, operante de su alta ejemplaridad de poeta en función de hombre actual; artífice insólito que erigió un hito en la cultura peruana con su herramienta lírica.

A guisa de apunte provisorio trazamos este perfil: Vallejo, poeta sustantivo, piensa dialécticamente. Esta dialéctica, lucha de los contrarios en la unidad, en él no es solamente formal, silogística, es más bien, esencial, afecta al meollo de su pensamiento tornándolo revolucionario, dinámico, vital. Es el poeta de las antítesis, de los tremendos *No*.

Para el poeta las palabras tienen una función objetiva, plástica, o sea, son el reflejo del mundo material en el cerebro de los hombres. Su "lenguaje es la eyaculación del trabajo". Parafraseando a Ernst Bloch acotamos: "El lenguaje del poeta viola las reglas de la gramática, sencillamente, porque tiene cosas inauditas que decir, cosas para las que la gramática anterior a él no brinda asidero". Además, según Hegel, "la palabra da al pensamiento su existencia más verdadera y más digna... Y así como el pensamiento verdadero es la cosa, también lo es la palabra, cuando un verdadero pensador la emplea". (Citado en *El Pensamiento de Hegel*, por E. Bloch).

Finalmente, Vallejo es el poeta enraizado en una clase progresista y, como tal, estuvo armado de su filosofía transformadora y enfilada al porvenir. Fué materialista y dialéctico. No limitamos el alcance de su faena poética al decir que es el poeta de una clase, más bien la conceptuamos universal, ecuménica, puesto que esa clase es la heredera de la cultura filosófica y artística del mundo moderno.

Vallejo es el creador auténtico sin precursores ostensibles ni epígonos.

Vallejo es el único poeta que escribió poesía vallejeana, que también es única. Por esto sus imitadores son muy ramplores, que se debaten en la angustia de hacer poesía a lo Vallejo. Son poetas vallejeanos en la medida en que pierden sus posibilidades y aptitudes de cultivadores de sus pequeños huertos de hortalizas poéticas. Sólo serán hondamente poetas, adánicamente creadores cuando se encuentren a sí mismos, aún y a pesar de Vallejo.

Eustaquio KALLATA.

Cuzco, agosto de 1951.

La esencia del hombre y de lo humano

(En Rep. Amer.)

Por Alejandro AGUILAR MACHADO

Nota: Esta Ponencia fué leída por su autor en las conversaciones Filosóficas Interamericanas, de la ciudad de La Habana, verificadas con motivo del centenario del natalicio del Apóstol José Martí.

✱

El estado de tensión espiritual a que las dos conflagraciones universales han sometido al hombre— al hombre, en general— lo mismo el de oriente, que el de occidente, coloca en el primer plano de la discusión filosófica, la urgente demanda, ahora de actualidad, de Sócrates, *Conócete a ti mismo*.

Cesó el fragor de los combates en el ámbito del mundo, y la destrucción con características colectivas, detuvo sus impulsos nefastos. Pero la paz de los espíritus no ha retornado ni parece cercana en este instante crucial en que se desplazan los clásicos valores que equilibraban la vida, sin que resplandezcan, en una escala más justa y armoniosa, los nuevos, destinados a señalar otra etapa en la marcha progresiva o en espiral, del género humano.

El problema asaz agudo que afrontamos, no es como lo piensan quienes sólo contemplan al hombre y su mundo o sus circunstancias, desde la periferia: económico. Ni tampoco es sólo jurídico, de simples esferas de carácter internacional, ceñidas a los procesos evolutivos del "Jus Gentium". El problema, por su fondo mismo, después de una sabia y honesta perforación, deviene filosófico, neta y claramente *filosófico*. El destino del hombre, la única clave con que se puede descifrar el destino del universo, ha sido perdido y continúa perdido! Los ingentes esfuerzos empeñados en el conocimiento del cosmos físico y el mismo proceso dialéctico de las ideas, han absorbido las actividades cognoscentes, en forma tal, que la Filosofía, que nos debe confrontar con nuestro propio hacer, impulsándonos a reflexionar sobre ello, lleva perdida una dirección acertada y eficaz. Enrédase en la maraña de sus diversas ideologías; envuélvese en la tela de múltiples y artificiosas dialécticas, sin poder rebasar la recia construcción de sistemas, no pocas veces opuestos entre sí. En este cuadro en que vivimos, cobra sentido la opinión del fino pensador, para quien *el filosofar no consiste en hacer discursos fantásticos a seres fantásticos, pues es a los existentes a quienes se habla*.

Sin duda, como un efecto de la misma crisis a que asistimos, no pocas conclusiones de la filosofía existencial, apenas si permanecen en una fase meramente negativa. Acércanse al hombre para contemplarlo como si fuese una esfinge, envuelta en el panorama desconcertante del desierto. Con esa filosofía, el ser, *nuestro ser*, conviértese en *un hecho desnudo y ciego*, para usar la feliz expresión de Mounier. Aquí, en ámbito de tan oscuros tonos, sí cabría pronunciar la frase desgarradora de Sartre: *el Ser está demás*. Con ella abandonamos las posibilidades del existente, hasta la propia intimidad, o ese diálogo consigo mismo, del cual podría emerger siquiera *"la contemplación del silencio de los espacios infinitos"*.

Todas las perspectivas que analizamos, propias son de un momento inestable en la marcha del mundo. Patentizan el clima de transición, mejor que de crisis que vivimos, porque la crisis, toda crisis, si se logra enfocar en cuanto encierra de simientes germinativas, es el tono de los impulsos que van ensanchando la línea, siempre abierta, del inacabado desarrollo histórico. Es oportuno aquí recordar los versos del exquisito vate costarricense, de ancestros cubanos, Fernando Centeno:

*Ah, su dolor del más allá,
grabado en el dintel de todas las fronteras!*

Nunca hemos dejado de apreciar, en todo lo que valen, los esfuerzos del existencialismo cristiano, empeñado como está, en salvar la distancia absoluta que nos separa de la visión de lo eterno en esta época negativa. Y no podemos menos de tributar nuestra efusiva simpatía a los propósitos del sutil espíritu de Gabriel Marcel, cuando para acercarnos a un manantial inagotable de consuelos y esperanzas, elementos vitales de insustituible valor del ánima atribulada, ofrécenos su tesis *de lo concreto inagotable*. Pero, así y todo, consideramos como incompleta la posición de los existencialistas. Díjese que ellos analizan fenomenológicamente el ser de la existencia del ente *para sí*, como si viviese en un tubo en el cual se hubiera producido el vacío físico o en una torre por todos sus extremos clausurada, sin contacto alguno con otras realidades, sean del mundo circundante o de la propia vida de relación con los semejantes. Olvídense de que ese ente, nuestro mismo ser, *es para sí*, por la razón ineludible de ser para otro o para los otros. Sólo en el contacto mismo del ambiente histórico, desenvolvemos nuestras posibilidades todas, alcanzando con ello la verdadera autorrealización. La noción de sí mismo, es decir, nuestra "mismidad", se hace efectiva cuando la vivencia de una resistencia nos pone en contacto con el otro yo o con el no yo, instante supremo, en el cual despiértanse las auroras de la vida consciente, así como del choque de los dos polos, el negativo y el positivo, brota el rayo luminoso que ha de desvanecer en torno nuestro las tinieblas de la noche. El ser humano sólo se encuentra a sí mismo, cuando en el seno de la comunidad con ensueños o con realidades, en medio de sonrisas o entre lágrimas, contribuye a tejer el mundo de los valores, este reino fecundo y trascendente que lo transforma en un ente axiológico. Cuán distinta es la antropología filosófica que arrumba a metas constructivas, perpetuamente creadoras, de aquella otra del existencialismo negativo, que sólo ve en la muerte nuestra realidad suprema! Ello explica que los discípulos de Heidegger, cual ocurre con el mismo Nietzsche, encuentren en el Caballero de Durerro, el signo revelador de la existencia, que más y mejor les complace. *"La existencia humana es ser para la muerte"*. Qué afirmación tan negativa y tan reñida con la realidad histórica, con esta realidad henchida de promesas y por cuyo medio parecíamos como el ser del existen-

te, nunca puede confundirse, siendo como es, la más legítima autenticidad, con el objeto. La existencia, el ritmo de vida, como futuro constantemente sido, es decir, como precipitación de ese mismo futuro, en el pasado, este surgimiento sorpresivo, después del cual comenzamos a actuar, no puede jamás compararse con las colecciones que duermen en las bóvedas húmedas de los museos. En ese impulso vital desaparece la antinomia de lo subjetivo y de lo objetivo. Allí mismo la temporalidad pura aflora con resplandores de eternidad. Porque todo momento creador, se trasciende en el que le sigue, con lo que cada una de las formaciones que emergen en la dimensión temporal, por no limitarse en ámbito cerrado, proyéctase hacia horizontes insospechados o, cuando mucho, apenas presentidos. Con todo ello, podemos restañar las heridas que nos ha dejado el existencialismo negativo. Las mismas cicatrices suyas, habrían de desaparecer en las aguas del Historicismo que, como las de Leteo, son de eterno olvido. Allí también, asistidos de la razón histórica, redescubriremos la perdida antropología del hombre, anotando como ni la razón práctica ni la teórica, del pensador de Koenigsberg, están como Kant lo imaginó, provistas de aristas que se repelen entre sí. Todo, en el marco del historicismo encuentra su fundamento en el hombre y para el hombre, pero en el hombre que convive, que con semejantes suyos forja, a golpes de luz, el mundo histórico. Aquí, en este mundo existe una lógica, que no es sólo la de los racionalistas, y unas categorías, que no son las de la vida misma.

Claro es, que al tomar como punto de apoyo para mover el universo (el punto que tanto hubo de preocupar al mismo Ar-

ENTÉRESE

Los autores latinoamericanos que quieran vender sus libros a Universidades o instituciones culturales de los Estados Unidos, pueden dirigirse a

RÓMULO TOVAR

en 909 SO, New Hampshire Ave.

Los Angeles 6, California.

También se desean corresponsales en materias jurídicas latinoamericanas en los países del Continente y se ofrecen informes sobre asuntos de esa índole.

STECHEH-HAFNER, Inc.

Books and Periodicals
31 East 10th Str.-New York 3, N. Y.
Con esta Agencia puede Ud.
conseguir una suscripción al

Repertorio Americano

químicos) el historicismo y más concretamente, el diltheyano, no lo hacemos en actitudes dogmáticas ni como si se tratase de un sistema de metafísica cerrado.

Lo hacemos, sí, considerando la razón histórica como un sitio de arranque o como un haz luminoso, destinado a enfocar la vida y sus meandros todos, y hasta sus mismas oquedades. Pero, permítasenos agregar algo, que pugna ya por salir de nuestros labios, como la crisálida cuando rompe las envolturas que la aprisionan. Con la razón histórica, agotados que sean los niveles todos de la temporalidad, podemos del mismo seno de esta temporalidad extraer las raíces eternas y trascendentes que allí duermen, no sin proponer al pensamiento filosófico, la encarnación del verbo, o sea, la histórica realidad de Cristo, como el símbolo supremo de la *verdad en la vida*.

En reciente edición de *El Imparcial*, dia-

rio editado en nuestra querida Guatemala, leímos un estudio de David Vela, con el título de "Martí evocado por Gilberto Valenzuela". Trátase de recoger en tan oportuno ensayo, varias impresiones del genio y mártir de la libertad de Cuba, sobre una excursión que hizo a las mismas selvas, a la sazón vírgenes, de aquella ubérrima tierra centroamericana. De esa publicación, reproducimos aquí algunos conceptos de la filosofía de Martí, heroica y comprensiva, como suya, ya que esos conceptos encarnan triunfalmente, las deshilvanadas ideas nuestras:

"La vida es el constante empleo: el agrandamiento por el roce; el obstáculo, jamás la caída, a no ser victoriosa; la obra permanente, el ir, triunfo eterno, montaña arriba, roca adelante. Esta es la vida; y reverdecer y extenderse son los perpetuos deberes de los árboles".

Agencia del Repertorio Americano
en Guatemala, C. A.:
LIBRERIA MINERVA
5ª Avenida Sur Nº 29 B.

"EL ERIAL"
AYUDA A VIVIR

mientes de mañana, de los huertos por venir.

Examinaban los cuerpos de los niños: eran ruinas. Por los cauces secretos había estado circulando una vida empobrecida; había cavernas y derrumbes, grietas, vegetación extraña.

Y el mismo rumor se levantó por donde quiera. Una mariposa, con actividad de primavera, e íntangible como la luz, con inteligencia casi humana, hundía misteriosamente su influjo envenenado en las entrañas de los niños y los cambiaba en ruinas.

Y eran diez, veinte, cincuenta, ciento, quinientos, dos veces quinientos niños por día los que desertaban de la vida, como respirados por una extraña mariposa, impalpable como la luz y victoriosa como la muerte.

El gran bosque humano iba perdiendo su flor. La luz misma se desmayaba, conmovida, sobre el mundo.

Las madres, despavoridas, tomaban las barcas del río, o se lanzaban a través de los bosques hacia las ciudades distantes. Los hombres huían temerosos de que concluida la siega de los niños se diese principio a la otra, a la de los que trajeron la existencia sin querer ni saber salvarles la vida.

¿Era aquella mariposa el príncipe encantado? ¿Por qué venganza del destino había venido a mayear toda la flor de los bosques y los huertos y a agostar toda la florescencia de la humanidad?

Consultado el viejo mago recluso en un rincón de provincia lejana, aconsejó abandonar aquel reino, partir hacia nuevas ciudades, a enseñar con la experiencia de su dolor, que la flor de la humanidad puede morir, a cientos y a millares por día.

Y de ese reino extraño y maldito se derramaron por el mundo las mujeres y los hombres que amonestan en las naciones más civilizadas a los estadistas, a los educadores y en particular a las madres, con palabras de sabiduría para que eviten el peligro de un dolor semejante al suyo.

Porque, en realidad, las mujeres y los hombres que ponen hoy todo su esfuerzo empeñoso en difundir la cultura de las madres en beneficio de los niños han sido aleccionados por el dolor durante los largos cuatro años de guerra y desolación.

Las naciones que llamamos civilizadas dicen honrar la maternidad y amar los niños porque simpatizan con la joven madre, llena de salud, en el esplendor de su belleza maternal, porque acarician los niños recién bañados y limpios. Tan sólo cuando la madre y los niños viven en condiciones

Flor de humanidad

Por Roberto BRENES MESEN

(En Rep. Amer. Atención de D^a Ana María de Brenes Mesén).

Y comenzó como en los extraños cuentos de Oriente se comienza: érase un reino desdichado que gobernara un príncipe temido a quien nadie conocía. Su poder, como la impalpable luz, se dilataba por la extensión del reino, porque en donde quiera se le sentía presente e invencible. ¿De dónde había llegado? ¿Cuándo había entrado en posesión del cetro y ceñido la corona? Lo ignoraban los gobernados.

Los viejos y hermosos parques, los jardines espléndidos de donde se extraían las esencias con que aquella región derramaba la exquisita embriaguez del aroma sobre el mundo, ahora comenzaban a quedar desiertos.

Desde que el príncipe encantado empezó su reinado en silencio un secreto dolor errante sofocaba toda ventura en los ámbitos del reino.

De todos los rincones de repente se levantó un clamor. En los bosques y en los vergeles agonizaba y se moría la flor. La tierra estaba amenazada de perder el poderoso hechizo del perfume. Los baños, los aposentos, los comedores, las cámaras, los tocadores, los divanes, los guardarropas, los linos, las sedas, los mosules, las cabelleras y las manos, las bocas y los cuerpos, ya no tendrían en adelante el irresistible encanto de los aromas, ni de las fragancias, ni de los bálsamos. Iba a borrarse aun del recuerdo de los hombres la sugestión, fugitiva pero imperiosa, de las esencias olorosas del reino de las plantas.

Pero esta súbita desaparición de las flores era el augurio de una pérdida mayor aún.

Los frutos no cuajaban en el seno de la flor. La esterilidad estaba emponzoñando las fuentes de la vida. Los huertos habían perdido la mitad de su belleza. Eran bosques de solterones marchitos.

La desesperación reverberaba en el aire. Sentíanse los deseos de huir: pero la misteriosa atracción de la tierra por donde corrió, jugó y rió nuestra niñez sujetaba a los habitantes a aquel suelo, ahora maldito.

Una mañana se difundió un rumor. Háblele traído un mensajero enviado por uno

de los viejos magos que vivía en un vallecillo de una distante provincia. Decía el rumor que había descubierto la causa de la muerte de la flor. Una mariposa extrañamente humana hundía los dedos de sus manos en el fondo de las corolas e infiltraba en su seno la angustia de la muerte. Las flores morían lentamente, como en un largo y pesados sufrimiento.

Pero era sutil la mariposa. Pasaba a través de una telaraña sin desgarrarla; posábase sobre la más leve flor sin doblégarla. Y parecía dotada de una actividad de primavera y de una inteligencia maravillosamente humana. Habíanle perseguido algunas pocas personas; ella parecía sonreír y, visible e impalpable como la luz, continuaba su prodigiosa obra de estrago y de dolor.

En la noche de ese mismo día en que el rumor se hizo oír, algo trágico apareció en el reino. Muchos cuerpos de niños comenzaron a quedar vacíos. Partía la luz de sus ojos, íbase la voz con el enjambre de sus palabras y sus risas y sólo quedaba un ligero manzana en las mejillas y una angélica sonrisa en los labios. A medida que las horas transcurrían iban vaciándose los cuerpos de los niños como si desertase la vida de su corazón y de su sangre. Las calles y las plazas se llenaban de madres desesperadas. El aire era un lamento.

Los hombres corrían hacia los ríos en busca de las voces de los niños, en busca de sus juegos, de sus risas, de sus llantos, porque hasta ahora el llanto de los niños no tenía para ellos un profundo sentido de animación y de vida. O corrían hacia los bosques, enloquecidos, como en las antiguas fiestas de Dionysos, llamando a gritos a las potestades divinas de las selvas para que les devolviesen los enjambres de palabras que se habían alejado con las voces y las risas y los juegos de los niños.

Oraban con fe, pero no había flores ni incienso en los altares. Ahora que los niños se escapaban de la vida, ahora que el más dulce perfume, la más fragante gracia del amor desaparecía, por la primera vez sentían que los niños son, como la flor de los huertos, la segura promesa de las si-

de ideal apariencia nos seducen como madre e hijos. No se ha abandonado el concepto de que los niños son la riqueza de las naciones. La riqueza absoluta en el más profundo y amplio sentido de la expresión.

Que son la riqueza material, ¿quién, ahora, lo discutiría? Los niños son los hombres de pasado mañana; serán, por lo tanto, los creadores de toda riqueza futura, los conservadores de la riqueza presente que llegue a sus manos. Y serán los creadores de la ciencia, de las obras de arte, de los monumentos de todo orden con que contribuirán a construir otras fases de otras civilizaciones. Son la riqueza intelectual del mundo. Y herederos y creadores de la riqueza espiritual también.

La humanidad que había apartado sus ojos de los niños, apenas ha cesado la guerra los ha vuelto hacia ellos. En Francia el gobierno es padrino obligado de cada niño que nace. Desde que se anuncia su próxima venida, se rodea de cuidados a la madre, se le ayuda financieramente con fondos del erario público. Si el trabajo fuera muy duro para ella, se le cambia por otro que no lo sea. Se le aconseja, se le protege y se hace todo, lo grande y la minucia, en beneficio del niño que llegará. Se le enseña a considerar a su hijo como algo de que debe enorgullecerse porque constituye su servicio a la nación. En los Estados Unidos se dice que las selvas y las minas y las ciudades son menos grandes que los niños, y que más importante que los estadistas y los banqueros son las mujeres que los engendran. Porque es en esta nación en donde anualmente mueren 300.000 niños y quedan 150.0000 enfermizos y defectuosos.

Con sólo salvar la mitad de los que mueren y mejorar los otros, al cabo de diez años la nación se habría enriquecido con tres millones de ciudadanos de nacimiento norteamericano. Y lo que de este país se dice es válido de cualquiera de los otros de Hispano América. Necesitamos salvar por lo menos la mitad de los niños que mueren antes de cumplir los tres años de edad.

Representétese lo que cada niño puede producir en riqueza para la nación y se tendrá la apreciación del inmenso valor material que su salvación representa. Y luego, la otra riqueza, la más santa y la más pura, la maternidad gloriosa y feliz porque los hijos de su amor son sanos y fuertes.

Ha puesto en evidencia la guerra que el honor nacional es nuestro honor, que la riqueza patria es nuestra riqueza y que el ideal de la nación es nuestro ideal, sobre todo si ese ideal es noblemente humano y generoso. No importa que no alcancemos a ver al niño que con nuestra fuerza protegemos; no por eso dejará de ser mejor y más dichosa nuestra existencia.

El policial que vigila las calles de nuestras ciudades, poniendo su contento y su interés en ello, el maestro de escuela que vuelca el vaso de su juventud y pone la unción de su amor sobre el grupo de niños que se le confían, desempeñan funciones importantes y reciben una compensación del estado por el trabajo que realizan. ¿Pero acaso todo esto sería posible, si la madre no hubiese prestado su concurso, infelizmente más valioso? ¿Quién dió al niño la lengua, el más sabio, el más excelso, el

más espiritual de los lazos de la raza y de la patria?

El estado empieza a abrir los ojos. Este problema que en la antigüedad afectó a legisladores y filósofos ahora lo encara el estado como una nueva luz. Al pagar pensiones a las madres el estadista en Europa siente ya que no es un favor, sino el descargo de una responsabilidad que le incumbe. Comienzan a sentir los verdaderos estadistas que hay quizá un grave error en llevar los niños a instituciones de beneficencia privándoles del afecto y de los cuidados de la madre; que se les hace mayor bien rodeando a éste de atenciones, poniendo a salvo, naturalmente, aquellos casos de excepción que podrían presentarse.

Y se ofrece a nuestra consideración la idea de que en breve la maternidad significará una mayor comodidad y no una mayor estrechez, como hasta aquí, con lo cual se ha provocado un extraño estado social en el que se ha llegado al extravío de juzgar que un hogar sin niños puede ser un hogar perfecto y feliz. Todo por el temor de las dificultades que apareja cada una de las visitas de la cigüeña.

Apenas se está en el período inicial. Pero es de esperar que pronto en las naciones mejor preparadas de nuestro Continente la sociedad, representada por las autoridades, funde y mantenga, distribuidos por las diversas poblaciones, centros de consejo y de auxilio para las madres que lo necesiten.

Este año ha sido y continúa siendo el Año de los Niños en los Estados Unidos. Porque se inició y es activa aún una general campaña de salvación de vidas de niños. En una división del Consejo de Defensa Nacional y en el Departamento de Trabajo se han organizado oficinas de enfermeras, médicos, madres, padres y damas cuidadoras de los niños, dispuestos a prestar auxilio en todas las formas que se hallen a su alcance. Se ha abierto registro de niños, ricos o pobres, y se lleva anotación de su peso, de su estado de salud, del auxilio que requieren y se les observa frecuente y sólitamente.

Sólo de esa manera puede estimarse una de las más bellas formas de la riqueza nacional.

La obra, naturalmente, posee los más variados aspectos. Uno de ellos es la protección directa de la maternidad y de la primera infancia. Una segunda forma es el cuidado de los niños a cargo de las madres de otros, ya por su orfandad, ya por razones que justifiquen el procedimiento. Un tercer aspecto es la compulsión de las leyes del trabajo de los niños y de las leyes escolares. Un cuarto medio es el recreo de los niños con la protección y la dirección de personas que les amen y les cuiden.

Todos los medios concurren a un mismo fin: a la observación atenta de los niños para seguir su desenvolvimiento, para precaver las enfermedades, para prestarles aquella solicitud que les proteja y les desarrolle fuertes y hermosos.

Este trabajo se realiza, de ordinario, en una sala de clase o en otro departamento adecuado en donde hay sillas, una o dos balanzas para pesar los niños y al frente una enfermera —una nurse— que atiende a las madres, les da explicaciones prácticas acerca de la esterilización de botellas, del tendido de las camas de los niños, de cómo se les envuelve, se les viste y se les baña, de cómo se les prepara la leche y los

otros alimentos que pueden ir tomando en las diferentes edades. En tarjetas catalogadas se lleva anotación de cuanto interesa respecto al niño. Hasta ahora se han distribuido unos siete millones de tarjetas de registro en todo el país. Y de esa suerte el conocimiento va infiltrándose, extendiéndose y limitándose el terrible y doloroso imperio de la ignorancia.

El estado se halla detrás de este prodigioso movimiento, porque el Estado vuelve, como en los sonrientes y sabios días de Licurgo, a sentir su responsabilidad respecto de los niños. Cuando el Estado les abandona, otros grandes problemas sociales surgen más tarde.

Vuelve ahora el Estado a comprender que su negocio no es sólo gobernar ciudadanos, sino contribuir a hacer felices a los seres humanos, cuya existencia no tiene principio cuando éstos cumplen los veintidós años, sino cuando por primera vez se agitan, como una primera emoción de amor, en el seno de la madre.

Nueva York,
marzo y abril de 1919.

*

Ultimo adiós

(Tomado del librito *Hacia nuevos umbrales*. Imp. Alsina. San José de Costa Rica, 1913).

*Antes que tú yo dejaré la tierra
ya sin encantos para mí, bien mío.
Antes que tú, yo dejaré la tierra.*

*Estrechando mi frente entre tus manos
querrás adivinar mi pensamiento,
el postrer pensamiento de mi vida
que habrá de embalsamar tus blancas
[manos.]*

*Tus labios posarán sobre mis ojos,
como una mariposa
sobre pálidos pétalos de rosa
y beberán la luz de mi existencia,
la única luz que derramé en tu senda
de azahares y de abrojos.
Mis manos, sin caricias,
se callarán cuando las tuyas hablen
con la única elocuencia
de su presión y su mortal silencio.*

*Y todo en mí, solemne, te habrá dicho
que fui feliz y que partí, tranquilo,
hacia los mundos inmortales
en mi barca de acacias sobre el Nilo
de las eternas, silenciosas aguas.*

Roberto BRENES MESEN.

New York, 1912.



Digo la Paz

(En la revista Paz. México, D. F. Setiembre 1º de 1952).

Voy a decir, tapando cadáveres de rosas
y volteando mis arcos al sitio prometido,
un canto a la palabra que edifica las mieses
y firma la escritura de los reinos del hombre.
Voy a decir, burlando las sirenas de alarma:

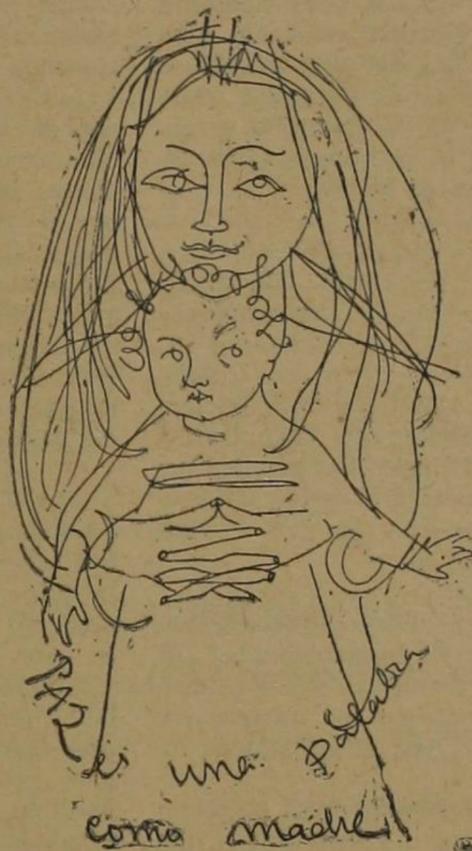
"Paz es una palabra como madre.
La vida es una brasa, y ella el mejor incienso;
mueve las verdes hojas de la historia
y en sus letras reposan el vino y el soldado".

Esto digo partiendo mi voz con mis hermanos,
haciendo un poco de café en el frío,
y al punto los leprosos ya me creen leproso
y la víbora quiebra su ampolleta de injurias.
Porque la paz a unos es maldita, y escuece
como cal en las venas.
Ya Gabriela, maestra con rumores de encina,
había señalado este dolor del tiempo;
y los fuertes, y aquellos que en los barroes dormidos
su voz echaron como redes puras,
paz indicaron, paz fortalecieron,
lavando con sus cantos los ojos de la tierra.

Bomba de amor, oh sílaba encantada
que en los labios estalla desintegrando el odio
y sube por la vida como un hongo tiernísimo.

Hoy la paz, ayer dulce, es un signo funesto
de oprobio y sed, y nadie
puede decir su nombre sin que sea marcado.
Mas ella como un bronce quema el coro del día,
toda desnuda y sola como un pétalo ardiendo,
y paz decimos como haciendo un niño
entre la noche, mientras caen puentes,
paz soñamos y todos los muertos nos bendicen.

Hermanos de la paz, aquí estoy con vosotros,
perdonad, no sé mucho, mas tengo mis campanas
para anunciar las bodas, los incendios y el día;
yo las agito ahora para que de mis labios
se desprendan las letras pacíficas de paz, en la tarde,
lo mismo que palomas sobre los campos.
P de principio azul, A de alborada,
Z de zumo viejo entre las venas.
¡Las tres ardiendo como tres hermanas



nupciales!

Vuelen y muevan lo que tanto quiero:
ruecas de amor, poleas de ventura,
agua y vellones para las heridas
de la tierra sangrada y purulenta.

Vosotros, diminutos escándalos del odio,
huid de los sagrados motores de la abeja,
temblad ante millones de futuros naciendo.
Hacéis el rayo negro, mas nosotros el día
con esta gran palabra que en el mundo
llama de pronto a todos como un ronco navío.

Cuidado con la fuerza mágica de la paz,
un poder invencible guarda bajo su brisa:
ella los tanques vuela como un lirio,
'a aguja de la esposa transforma en una espada
y el hombre es su armadura, su victoria y su estrella.

Homenaje a la libertad de Prensa

Por el Prof. Carlos DEAMBROSIS MARTINS

(En Rep. Amer.)

¡Albricias! Nos llegan buenas noticias de Colombia; buena nueva, particularmente, para un periodista hispanoamericano residente en París. Un abogado amigo nos escribe desde allá, que *El Tiempo*, incendiado por un grupo de facinerosos, ha normalizado, como antes, sus excelentes ediciones diarias y semanales.

No leemos —desde hace años— el periódico del doctor Santos. Por desgracia, el último eco que nos llegó sobre *El Tiempo* fué a través de un breve cable publicado en una hoja de San Sebastián, playa en donde incidentalmente nos encontrábamos en setiembre.

Casi simultáneamente, la prensa francesa, en un gesto de magnífica solidaridad humana y profesional, expresaba todo su horror ante el vandalismo del atropello bogotano y elevaba su vehemente protesta *urbi et orbi* con un acento que no dejó de impresionar hondamente la fina sensibili-

dad del alma francesa.

Acaso es la primera vez que los organismos periodísticos de París de toda ideología, hayan dejado oír su voz con una indignación rara tratándose de un atentado que no tiene ningún nexo, directo o indirecto, con los asuntos terrenos de Francia.

Hay que decirlo ahora, con la retrospectiva y con la serenidad que da el tiempo —moderador y freno de pasiones— para tratar de explicar y juzgar las cosas. Y, si fuera posible, realzar la glosa, porque la actitud de esta prensa gallarda la honra sobremanera, sobre todo si se considera que no tiene ningún nexo, directo o indirecto, los problemas y los sucesos de nuestra América.

La prensa francesa se sintió ofendida, herida en carne propia por el ataque in-

ciendario contra *El Tiempo*. *El Figaro*, de París, uno de los rotativos de mayor consistencia moral en el Viejo Mundo, inscribió en la primera plana de su edición del 13 de setiembre, un editorial a dos columnas con este título: *Las "sediciones" de Bogotá*.

Este artículo de fondo (impugnado en las propias columnas del *Figaro*, a los pocos días, por el embajador de Colombia en París), terminaba así:

"La libertad es indivisible. No se defiende el principio dejándola oprimir en los hechos. La del prójimo es también la nuestra. Cuando se atenta contra la libertad ajena, la nuestra se encuentra amenazada".

El diario fundado por Calmette hablaba en cierto modo, por propia experiencia. En más de una ocasión —y la última no ha mucho— las turbas ovejunas (siempre las mismas en todas partes), guiadas en Fran-

cia por jefazos comunistas, pretendieron acercarse al edificio del *Figaro*, erguido en los Campos Elíseos como un faro, para intentar apagar su luz. Pero en París, el Cuerpo de Policía, entidad disciplinada, apolítica y civil, sabe desempeñar honradamente su misión en toda circunstancia. Lo que, sin inmiscuirnos en los asuntos interiores de la hermana república de Colombia, cabe deplorar en Bogotá, en donde hubo carencia de autoridad, o, si se quiere, falta absoluta de un servicio de orden.

En la misma fecha del 13 de setiembre, el grave vespertino *Le Monde*, de París, consagraba una página a las declaraciones del director-propietario de *El Tiempo*, Dr. Eduardo Santos, ex-presidente de Colombia, de paso por la capital francesa, haciendo éste el severo proceso del régimen actual de su país y refiriendo los detalles patéticos (telefoneados desde Bogotá), del grosero y brutal atentado de que fué víctima su importante periódico.

El lector francés quedó impresionado por estas explicaciones desapasionadas del doctor Santos (que trataron de ser refutadas pocos días después en las mismas columnas de *Le Monde* por el embajador de Colombia en París):

"La suerte de *El Tiempo* y *El Espectador*, de Bogotá, es mucho más grave que la de *La Prensa*, de Buenos Aires. La categoría de los periódicos colombianos era la misma, pero el diario argentino sólo fué puesto bajo secuestro, víctima de un robo; mas está todavía allí, intacto y espera que la justicia le devuelva un día —que acaso no esté lejos— a sus legítimos propietarios. En cambio, los diarios de Bogotá fueron incendiados para que no se levanten nunca más de sus escombros. Este fuego no lo provocó un movimiento popular. Bogotá es ciudad de una aplastante mayoría liberal, en donde, si reinara la libertad, sería imposible llevar a cabo un atropello como el cometido por algunos centenares de agentes al servicio de un odio diabólico, acompañados y protegidos por la fuerza del Estado en toda su siniestra actividad".

Con toda objetividad, debemos declarar que el lector francés, a despecho de la inmediata réplica oficial del representante de Colombia en París, quedó muy impresionado por la clara y mesurada exposición del doctor Santos, propietario de los sendos diarios incendiados. Es que en el seno de la sociedad civilizada en que vivimos y actuamos —y trazamos estas líneas desde Versalles— atacar hoy a un periódico con la tea en la mano, exactamente como una bomba, es más que un atentado: es un sacrilegio que nadie —y mucho menos un gobierno— tiene el derecho de aminorar o excusar.

Diremos más: un país en donde se registran estos actos bochornosos, es un país que se desprestigia ante las demás potencias. Tuvimos el triste privilegio de estar el 9 de abril de 1948 en Bogotá, con motivo de la Novena Conferencia Internacional Americana; y fuimos testigos indignados del incendio de *El Siglo* y de otras atrocidades perpetradas en ese entonces... Alojados en el Hotel Continental, junto con las Delegaciones Extranjeras, pudimos oír hasta el cansancio, durante las noches de insomnio, de tiroteos y de saqueo de la ciudad ardiendo, los comentarios más amargos de las ilustres personalidades oficiales

de América, huéspedes forzosos de la capital desamparada, entregada a los más bajos instintos de una plebe ebria y sanguinaria...

Después de la inevitable oratoria de los congresistas reunidos en el Capitolio Nacional, sede de la Asamblea Panamericana, tuvimos que soportar, pacientes, humildes y humillados, los "discursos" aguardentosos de los matachines callejeros que hacían irrupción en el hotel de las Delegaciones para catequizar a sus miembros sobre el "bogotazo" del 9 de abril... ¿Qué pluma sutil ha sabido captar para la "pequeña historia", estas escenas tragi-burlescas y poco gloriosas del "Continental", teniendo como protagonistas los excelentísimos embajadores amedrentados, y los todopoderosos energúmenos esgrimiendo afilados machetes y botellas de whisky?

Con las destrucciones de *El Siglo* (1948), *El Tiempo* y *El Espectador* (1952), Colombia, legendario país de poetas, gramáticos y letrados, se ha convertido en país de incendios de imprentas. Tres diarios quemados en cuatro años es mucho, es demasiado, es intolerable. En todo caso, es ofensa personal y grave para toda Hispanoamérica, ya que formando ante el extranjero un bloque, éste se beneficia cuando descuella uno de ellos, y el conjunto se desprestigia irremisiblemente cuando en alguna zona geográfica del Continente se comete un acto deshonesto o se sanciona una monstruosidad.

Esto es tan cierto, y lo sentimos tan íntimamente, que toda la prensa de América, en un concierto ejemplar, vibró de indignación y de vergüenza ante el incendio de los dos diarios bogotanos. Era el frío y cobarde asesinato del pensamiento colombiano y americano.

Con *El Tiempo*, particularmente, el crimen perpetrado impresionó más hondamente aún. La personalidad de Eduardo Santos es familiar en los dos Continentes, y su rotativo llegó a representar en un momento dado de su existencia, quiéranlo o no sus adversarios, la conciencia del mundo actual, y dudamos que otros órganos de prensa pudieran ufanarse de contar, en sus columnas, en la misma época, con una planilla de colaboradores extranjeros del prestigio universal como los que honraron y prestigiaron las páginas de *El Tiempo*.

Como no se trata de generalizar, sino dar testimonios y fijar fechas, cabe recordar que en un período de diez años, es decir, desde 1929 hasta la Segunda Guerra Mundial, en las columnas de *El Tiempo* se dieron cita las firmas de los más ilustres pensadores y estadistas contemporáneos. Sólo por nuestro intermedio, colaboraron entre otros, Romain Rolland, Henri Barbusse, Tomas y Henrich Mann, Guillermo Ferrero, el Conde Sforza, Gabriela Mistral, José Vasconcelos, José Ortega y Gasset, Francisco García Calderón, Manuel Ugarte, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala, Pío Baroja, Rufino Blanco Fombona, Carlos Pereyra, Alcides Arguedas, Niceto Alcalá Zamora, Alejandro Lerroux, Licenciado Francisco León de la Berra, Alejandro Alvarez y otros muchos que no recordamos de momento, porque estamos dictando de memoria...

Todos estos maestros insignes, muchos de los cuales nos honraron con su amistad, escribieron regularmente para *El Tiempo*, por nuestro conducto, traduciendo sus tra-

bajos al castellano cuando los originales venían redactados en francés, en italiano o en alemán... Fué la época brillante de la apteguerra, precursora del cataclismo bélico. Otros publicistas europeos y americanos enviaban directamente a Bogotá su colaboración solicitada. Todo ello, y la admirable planilla nacional del periódico (Sanín Cano, Calibán, Max Grillo, López de Mesa, Nieto Caballero, etc.), contribuyó a hacer de *El Tiempo*, uno de los modernos diarios rectores del Continente, uno de esos "lujos" del intelecto de América.

El haber querido pretender reducir a ceniza un edificio moral y material de tal consistencia, respaldado y cimentado con la quintaesencia de la espiritualidad del mundo, fué una idea grotesca e insensata. La prueba es que bastó un intento de sacrilegio buscando destruir esa obra inmensa —pero sólo se logró derrumbar piedras y destrozarse máquinas y muebles— para que el pensamiento vigilante de América y de Europa, se levantase como una sola masa, como un solo cerebro, para denunciar este crimen de lesa humanidad, y confundir a los incendiarios, esos "criminales de paz". Que sepan ahora los colombianos que *El Tiempo*, del cual son depositarios, no sólo les pertenece a ellos: es también patrimonio de América y del mundo. Y de los que colaboraron ayer en el periódico —y que ya no son—; de los que colaboraron hoy y de los que colaborarán mañana.

Quien tuvo el privilegio de "descubrir" y reinstalar el Monumento a Bolívar en París (derribado y profanado por los alemanes) y los medallones de Martí, Montalvo, Darío y Rodó; quien no "ha perdido el sabor de nuestra joven América", según bondadosa opinión de un ilustre político conservador colombiano, tiene ganado acaso algún derecho para dirigirse desde este mirador de París a sus hermanos de Bogotá, pidiéndoles cuidar y vigilar, como lo máspreciado y delicado de ellos mismos, esa cosa frágil y perdurable y que renace todos los días, que es la vida efímera y magnífica de sus periódicos, de todos sus periódicos (I).

París, noviembre de 1952.

- (I) Sobre el autor de este artículo —que nuestro diario se honra en publicar como un homenaje a la libertad de prensa— escribió el Dr. Fernando Londoño y Londoño, a la sazón embajador de Colombia en Francia, esta elocuente apreciación, en víspera de salir de París el profesor Carlos Deambrosis-Martins para Bogotá a fin de concurrir a la IX Conferencia Internacional Americana:

"Su patriotismo americano es un caso maravilloso de fidelidad en el espíritu. Otros, con menos razones han perdido el sabor de nuestra joven América. En él, no obstante, nuestras patrias del hemisferio occidental estén guardadas con un amor caluroso y activo que da buena noticia de la generosidad de su alma".

"Vaya usted a Colombia en donde encontrará muchos amigos y en donde se le brindará la hospitalidad cordial que usted se tiene bien ganada".

(Embajada de Colombia en Francia, N° 402. París, 8 de marzo 1948. Firma: Fernando Londoño y Londoño, Embajador).

El libro íntimo

(En *Rep. Amer.*—Colaboración)

La alternativa de siempre: leer en un libro es leer en sí mismo. ¿Qué dice ese libro? ¿qué me digo yo a mí mismo? ¿Qué pienso; qué siento? Unas veces hay el deseo de leer el libro; otras, de leer en uno mismo. Abrir ese libro íntimo, oculto, misterioso, para leer la escritura del propio ser.

En esta mañana el escritor ha abierto el libro íntimo. Quería encontrarse a sí mismo. El libro íntimo no se abre con la misma facilidad que el libro de papel. Hay que adentrarse en él poco a poco, ahondando en el ser, separando los pliegues del alma. ¿Qué hallaremos allá en lo hondo? ¿Habrá alguna gema de pensamiento o de emoción que merezca sacarse a luz?

Después de varios días de enfermedad el escritor ha vuelto a su biblioteca. Ha mirado con amor sus libros; pero también ha mirado con amor el libro misterioso del ser. En su examen se alumbra con la bella luz solar de la mañana. A torrentes entra por el balcón. ¿Cómo prescindir de la exterioridad al hablar del ser? ¿Cómo prescindir de la exterioridad cuando el ser ha subido hasta el balcón en los sentidos para ver el mundo?

El libro íntimo está escrito con el mismo alfabeto de los libros de la biblioteca. Todo lo que está en esos libros estuvo escrito antes en el libro misterioso. Pensamientos, sensaciones, juicios, emociones, alegría, dolor. Es el libro del alma —un prodigio— cuyas páginas organizó el autor, el editor, de todas las cosas. Es el libro único que ningún otro autor puede escribir. Toda la ingente fábrica del Universo tiene por obra maestra y suprema la edición de este libro que por sí mismo vale más que todo el Universo.

Y aquí está sentado el escritor, apoyando sobre un libro de papel la cuartilla en que va escribiendo las letras del libro del alma. Junto a su sillón, como un perro fiel, está tendido el sol. El sol de la mañana, brillante y dulce, lo alegra todo. El sol es la fiesta eterna del mundo. ¿Cuántos corazones sencillos no le deben al sol su alegría, su única alegría! En el sol están todas las alegrías: la alegría del Año Nuevo, la alegría de la Navidad, la alegría del Sábado de Gloria... Ante el sol se sienten todas las alegrías sumadas en una alegría serena y honda.

Y el escritor siente que teniendo junto a sí el sol no tiene que salir a buscar nada. Si aquí está la alegría del mundo, ¿qué podremos encontrar fuera que valga más que esto? Ya está el escritor escribiendo las cositas del libro íntimo. "Cositas", porque son sencillas, porque son chiquitas. Pero es de estas cositas que está hecha el alma del hombre. El alma está hecha de hilos tenues de ilusión, de amor. Toda la vida pende de un hilo porque pende del alma. Si ese hilo se rompe no hay más vida. De ese hilo depende también la visión y el amor del sol.

¡Hay tantas cosas en la Naturaleza que son consuelo del hombre! Los árboles, las hierbas del campo, las nubes... tienen sus capítulos dedicados en el libro íntimo. Caminando por la tierra ellas nos acompañan. Los pies van pisando el camino y los ojos van puestos en esas cosas amadas. No es-

tamos solos ya que ellos están con nosotros y nosotros con ellas.

El libro íntimo está lleno del recuerdo y el amor de esas cosas. Ellas son como familiares en esta casa grande que Dios nos ha dado. El sol es un familiar predilecto. Caminar por el campo es visitar a estos parientes. Es ponerse en contacto con ellos. Pero ellos son como los parientes pobres. Nadie se acuerda de ellos. Están solos, abandonados. Con las glorias se olvidan las memorias. Con las glorias de la ciencia y la técnica nos hemos olvidado de las memorias escritas con signos indelebles en la página del mundo.

Pero ellos son como esos parientes pobres: dignos, altivos, que en su soledad, en

su abandono, se bastan a sí mismos. No sólo se bastan a sí mismos, sino que dan de sí. Se derraman exteriormente en dones de alegría y fortaleza, de paz y consolación.

El escritor va leyendo en su libro íntimo y, al propio tiempo, va escribiendo sus cosas íntimas. En ese libro están escritas la paz, la alegría y la consolación de los campos. ¿Qué más se necesita para vivir?

El día avanza y el sol se va marchando del cuarto. El escritor recibe ahora en sus pies el grato calor del Astro.

Luis VILLARONGA.

San Juan de Puerto Rico.
Abril de 1953.

DE LA NOVELA AMERICANA

es el tema de una encuesta hispanoamericana

(La remite la redacción de la revista *Agon*, en Montevideo).

II.—La novela americana

1º—¿Existe realmente una novela que podamos llamar americana?

2º—¿Cómo ve usted los problemas de la novela americana?:

- La novela y la sociedad. ¿Qué relación puede establecerse entre esta novela y los movimientos sociales habidos en América?
- La novela y la historia. ¿En qué medida se novela la historia en América?
- La novela y la geografía. ¿Puede asegurarse que en América hay una novela que centra su tema en el medio geográfico?

3º—Además de una novela americana, ¿en qué medida puede hablarse de una novela nacional v. gr. Brasil, Argentina, México, Venezuela, Uruguay?

4º—Problemas técnicos. ¿Cuál es, a su juicio, la influencia de la moderna novela europea en la novela americana —técnica, personajes, etc.?

5º—Actualidad y futuro.

- ¿Cuál es a su juicio, el panorama de el momento actual?
- ¿Puede hablarse en algún aspecto de una crisis de esta novela?
- ¿Cuál supone usted que será el rumbo de la futura novela americana?

Montevideo, febrero de 1953.

B A S E S

Entendiendo que el estudio de la novela, y especial de la novela americana, no es solamente uno de los más interesantes campos ofrecidos al investigador, sino también un tema decisivo para el conocimiento de la realidad intelectual americana, la revista *Agon* ha resuelto iniciar entre críticos y escritores hispanoamericanos una encuesta con las siguientes bases y el siguiente temario:

1º—Las respuestas serán ordenadas en fascículos que irán apareciendo periódicamente y prologadas por una comisión que integrarán dos miembros de *Agon* y dos profesores uruguayos.

2º—Aquellas respuestas cuya extensión lo permita se publicarán además en las entregas de *Agon* correspondientes a 1953.

3º—Posteriormente estos fascículos serán refundidos en dos volúmenes que con el título de *Los Problemas de la Novela Americana* publicarán las Ediciones *Agon* por lo cual la dirección de la Revista *Agon* se reserva todos los derechos sobre las respuestas enviadas.

4º—Estas respuestas deben enviarse a nombre de Hugo Rodríguez Urruty a la redacción de la revista *Agon*, calle Eufemio Masculino 2586 Apt. 11, Montevideo, Uruguay.

T E M A R I O

I.—El género "novela"

1º—¿Cuáles son los momentos que considera decisivos en la historia de la novela?

2º—¿A qué atribuye usted el auge actual? ¿Hay crisis?

3º—En relación con otras disciplinas —filosofía, historia, poesía, ¿qué importancia concede usted a la novela respecto a los problemas humanos?

4—¿Cómo concibe usted la relación entre ficción y realidad en la novela?

Agencia del
Repertorio Americano
en Londres

B. F. Stevens & Brown, Ltd.
28-30 Little Rusell Street, W. C 1
New Ruskin House,
London, England

ALREDEDOR DE AMERICA

Conversación con Gabriela Mistral

Por José R. CASTRO

(En Rep. Amer.)

Apoyándose suavemente en el brazo de su secretaria italiana, una hermosa mujer de ojos de aguamarina y de tez ebúrnea, Gabriela Mistral desciende las escaleras de la residencia de los señores Alvarez de Cañas, en el Vedado, donde se hospeda. Ya para su dolencia diabética y para los hielos de la edad, un poco, el tráfigo febricitante de los grandes hoteles modernos resulta algo molesto. Y en este remanso de tranquilidad de la suntuosa mansión del lujoso "quartier" puede descansar y escribir, aunque sus numerosas amistades y admiradores no le dejan tiempo para nada...

Nosotros llegamos en compañía del encargado de negocios de Guatemala, Luis Alberto Benítez, quien pone en sus manos una invitación de la Casa de la Cultura a través del escritor Luis Cardoza y Aragón. Gabriela, tras sentarse y encender un aromático "Pall-Mall", nos dice:

"Tengo una deuda moral con Guatemala, país que quiero tanto. Evoco la cordial amistad de Rafael Arévalo Martínez y la belleza de sus lagos. Con mucho gusto acepto esta invitación, pero no por ahora. Tengo que ir inmediatamente a La Florida a organizar el Consulado de Chile, con instrucciones de la Cancillería de mi país. Y una vez terminada esta labor y habiendo descansado un poco de un largo viaje por mar desde Italia hasta Cuba, iré a ver de nuevo a la querida tierra de Guatemala, aceptando esta cariñosa invitación".

Sus palabras están teñidas de afecto hacia Guatemala. Y en són de cordial protesta se queja de que no se haya hecho una edición gigante que comprenda toda la obra de Arévalo Martínez que no es conocido como debiera serlo poeta de tal magnitud. Nosotros le explicamos que la editorial del Ministerio de Educación de Guatemala ha editado hace algún tiempo *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*. Pero ella no se siente satisfecha. Y cree que la difusión de la obra del poeta de "Las Rosas de Engaddi" debe ser mayor.

En esta conversación estábamos cuando irrumpe inesperadamente una periodista venezolana, representante de *El Nacional* de Caracas, con un fotógrafo. Ha venido desde Venezuela a entrevistar a Gabriela Mistral y no va a regresar "con las manos vacías". Se llama Francia Natera, y es una hermosa morena clara. Como buena reportera entra con desenvoltura, casi asalta la sala con su camarógrafo, el que toma cerca de una docena de poses de la gran poetisa chilena que protesta a cada momento:

—A los viejos es mejor oírnos que vernos. Ya es suficiente de fotografías...

Pero el fotógrafo, como buen reportero gráfico, tampoco hace caso de las amables protestas de Gabriela Mistral. Llega también en ese momento el encargado de negocios de Chile en compañía de su esposa.

A una pregunta de uno de los circustantes, Gabriela responde:

—Yo nací y he vivido la mayor parte de mi vida en un pueblecito pequeño llamado por contraste "Monte Grande". Frente a un "cerrote" alto y encrespado. Tal vez



Gabriela Mistral

(Enero de 1953)

x

este paisaje brusco tuvo que ver en la sinceridad de mi poesía. Después he viajado por la región más querida de mi tierra. Por la Patagonia. Cerca de la Antártida. El clima es duro, es muy frío, pero las gentes son muy cálidas y muy buenas. Siempre lo recuerdo con cariño no obstante que allí adquirí este tremendo reumatismo que todos los años repunta...

—“En la Patagonia, continúa hablando con afecto— nunca hay calor. El frío es intenso y soplan unos vientos salvajes sobre un paisaje desolado. Pero el paisaje humano es muy interesante. Allí se ve la Aurora Austral que es una prolongación del día que llega hasta la media noche. Es como un sol de medianoche. La diáfana claridad auroral tiñe de tenues colores los horizontes lejanos...”

En cada palabra de Gabriela sobre esta aspérrima región austral hay una gota de nostalgia y una gota de ternura. Luego la periodista venezolana le pregunta en torno a Gallegos. Gabriela responde:

—He leído, varias veces, las novelas de Rómulo Gallegos. ¿Dónde está él ahora, que lo he perdido de vista...? Tengo el concepto de que es el mejor novelista de la América. Mejor dicho, de nuestra habla, porque aquí cuento también a España...

La joven periodista venezolana le habla con calor del célebre autor de *Doña Bárbara* que ahora se encuentra en México. Gabriela se informa sobre la muerte de doña Teotiste, la esposa de Gallegos. Y se conduce en la esperanza de que pronto termine la pena del gran desterrado que electo Presidente de Venezuela por su pueblo, fué derrocado por una maniobra de tres coroneles, uno de los cuales fué después asesinado. Ahora uno de ellos se adueñó del poder en Venezuela por procedimientos

proditorios y torticeros...

—¿Tiene usted muchos años de no ir por su Chile natal...?

—Muchos. Pero no me pregunte fechas. Resulta que yo he vivido casi toda mi vida en Chile. A los cuarenta y cinco años nunca había salido de mi país. Ahora hay algunos compatriotas míos resentidos y me llaman hasta "descastada" porque nunca voy por Chile. Pero no es culpa mía. Los que así piensan y hablan olvidan que soy Cónsul General de Chile "per vitae", y que no puedo regresar al país si no es obedeciendo a un llamado del Ministerio de Relaciones Exteriores. Y como no me han llamado, yo no he ido.

Durante el último tiempo he estado en Nápoles. Hice un viaje muy largo, pues como no puedo montar en avión, vine por mar hasta Nueva York. De allí por tierra hasta Miami y de la Florida hasta la Habana por barco. Casi quince días de viaje. Estoy cansada. Por eso es que quiero descansar unas semanas en La Florida antes de aceptar la generosa invitación de mis amigos de Guatemala.

—Conozco mucho la obra de Luis Cardoza y Aragón, aunque no estoy segura de que nos hayamos encontrado en alguno de los caminos del mundo. Me alegra que Guatemala lo haya reincorporado al elenco de sus intelectuales, pues es uno de los valores más legítimos”...

La compañera de *El Nacional* de Caracas insiste sobre el tema de Gallegos y le pregunta qué novela de él prefiere. Gabriela contesta con ancha sonrisa:

—En este mundo, nosotros podemos opinar de muy poquita cosa. Sin embargo acostumbramos a opinar de todas. Yo no podría decirle qué novela prefiero de Gallegos, porque las prefiero todas... Ya le he expresado anteriormente mi concepto sobre él...

Nosotros le recordamos:

—Gabriela: hace trece años estuvo usted en La Habana. Invitada por la Asociación de Escritores y Artistas Americanos habló usted en el Ministerio de Estado sobre la Cultura Americana. Era Ministro de Estado el doctor Juan J. Remos.

Dijo usted que el culto a los héroes y a los próceres ha servido en América para crear una casta de serviles y que la cultura deportiva era utilizada para entregar la carne humana a la guerra en racimos más maduros. Agregó que la civilización contemporánea era una empresa maniquea, que con una mano daba la vida y la arrancaba con la otra. Que era el gigante de los pies de arcilla. Que era un amasijo mitológico de arcángel y de malhechor...

—Efectivamente, dice Gabriela. Y para hablar de cultura en América, si hemos de pronunciarnos con sinceridad, tenemos que ser un poco ásperos, un poco duros. Tenemos un poco de cultura amasada con algo que tomamos de Europa con otro poco nuestro. Pero en los tiempos pasados debimos decir que civilización y cultura solamente hubo en el Imperio de los Incas...

Nosotros le decimos que un viejo artículo de Rosa Arciniega habla sobre la

(Concluye en la pág. 63)

Canciones tontas para un adiós

Por Ninfa SANTOS

(En Rep. Amer.)

MIS DOS PAÑUELOS BLANCOS

Ahora cómo lavar
dos pañuelos
blancos,
¡ay!
(uno el lunes,
otro el jueves),
para llorar?
Si no hay ya
con quién
llorar,
que aquel con quien
yo llorara,
se va?
¡Ay mi llanto,
mi llanto,
qué solo se va a quedar,
si mis dos pañuelos
blancos,
con él se van!
¿Quién me va
a enjugar el llanto,
quién,
de la soledad?
Ausencia de mis pañuelos,
¡ay!



Ninfa Santos de Abreu

(1952)

MI SORTIJA DE AMATISTA

Mi sortija de amatista,
con una flor
en el centro,
¡ay!,
que mi fantasía
puso
como promesa
en mi dedo,
¡ay!,
cómo me dueles
ahora
que se ha partido
mi sueño,
¡ay!

MIS CAMPANILLAS DE BECQUER

Mis campanillas
de Bécquer
florearán;
en julio, agosto,
y septiembre,
con el alba,
sus vocecillas
azules,
húmedas,
en vano me llamarán.

Dueño de mis campanillas,
¿adónde estás?



AMABA SU VOZ

Amaba su voz, la tuve y la pagué. Es amargo pagar todo, lo es, mas todo	se paga un día, óyeme. Te lo dicen mi cruz y mis clavos, ya lo ves.
---	--

MIS FLORES, MIS GATOS, MIS TARDES, MI AMATISTA, MI TRISTEZA Y YO

Sin él, qué vamos a hacer mis flores y yo, qué? Mis gatos y yo, qué? Mis tardes y yo,	qué? Mi amatista, su flor en el centro y yo, qué? Mi tristeza y yo, qué, sin él?
--	---

¿Será porque se ha ido
quien asentó mis pasos en la tierra...?
Antonio Machado.

✕

MI CORAZON ENTRE SAUCES

Mi corazón,
entre sauces,
iba a Anacostia
en el sueño.

Llévame a Anacostia,
amigo,
te lo ruego.
Me están fulgiendo
sus luces,
en el silencio;
me está llamando
una voz,
en secreto.
Mi corazón debe ir
por Anacostia,
primero,
antes de que sea tarde
y me lo arrebate
el viento.

No es verdad,
nadie me llama,
es el corazón enfermo,
que entre sauces
de Anacostia,
quiero verlo.

Pero el viento,
el viento viene,
y todo
se va en el viento.

ANACOSTIA, ANACOSTIA

Anacostia, Anacostia,
pura,
a lo lejos.
Me guardabas la dicha,
hoy me guardas
silencio.

Tenías la voz tierna,
la voz suya
en el miedo;
su mirada segura,
su esperanza en el viento.

Dicen que un río oscuro
te atraviesa
en el centro.
Yo vi sus limpias
aguas
temblando
de luceros.

Y bebí de ellas
créemelo.

Ay tus luces,
fulgiendome
en el recuerdo,
Anacostia,
pura y vacía
hoy,
como un sueño.

Washington, D. C.
Alexandria, Va.
Julio-agosto de 1951.

Testimonio de aprecio

(En Rep. Amer.)

Amor quiere que muera.
De Ninfa Santos. 1944.

Agonía imponderable es este poema de amor; urna cineraria cincelada en lágrima, vehementes; Taj Mahal rodinesco, duplicado en estanque de unánime desesperación.

Se va liberando la emoción en ritmos bruscos, normada por la perenne congoja; se cuaja en estribillos de desolación; en sentimentales antítesis se reitera; en fieras llamas o en explosión de llantos se reuerce torturada.

Responso lírico es, alma de mujer llagada, rebelde y sumisa, vencida y dueña, toda hierba de ternuras y toda filtro de congojas.

Discurre el canto transido de una pena sin alivio, organizado en expresiones verbales apenas si trasunto del inefable drama interior, (como en los místicos apasionados), ¡mas con qué temblor de vital catástrofe! Logra entrañar en su substancia poética esencias del universal padecer de todas las desventuradas, ¡venturosas!, amantes.

Teorías de imágenes en doliente gracia

señalan lugares y momentos de este vía-crucis exaltado. La fidelidad a un imposible amor, sin platonismo, por ello más sin consuelo, rinde a la amante amarga al pie del recuerdo, con la carga íntegra de sus desempleadas ternuras, con su incienso fragante volcado sobre las brasas consumidoras.

Amor quiere que muera, por sus dimensiones y calidades estéticas, en el conjunto de la poesía nacional se coloca al nivel de las mejores producciones de nuestros mejores poetas. Puede afirmarse que en la actualidad Ninfa Santos es la primera poetisa costarricense. (Afirmación fácil de comprobar con sólo hacer la revisión de las pocas mujeres que en nuestra patria se han consagrado a la creación poética).

¡Gracias, recordada Ninfa Santos, gracias por el encanto de su poema y por el prestigio de la pequeña, querida patria centroamericana, que él ha de ganarle.

Carlos Luis SAENZ.

San José, Costa Rica. 1951.

verso sorprendente, que me recuerda aquella tristeza de la "golondrina con muletas", de Federico García Lorca, y que yo aplicaba a Frida Kahlo.

Hay cruces que semejan cicatrices,

claro que sí; pero luego viene el hijo que engendraron las ramerías en su "carne transitada" (obsérvese lo maravilloso del adjetivo *transitada*; carne *transitada*). Toques de ingenuidad, de angelismo poético, tan bellos en el verdadero poeta como tan ridículos en los versificadores, Mascarillas y Scapines de la poesía. En fin, esto:

*¿Por qué, si la piscina es el cielo de
[los peces,
no existe, para el cisne, una cisniega?*

¡Ya hubiera querido mi admirado Ramón esta greguería!

Vienen también los versos musicales, que pasan como gaviotas en la tarde marina, y se oyen, se oyen:

La tierra y su cosecha de campanas.

La segunda parte, titulada *Angel alucinado*, lleva este epígrafe: *Lo demoníaco es en el hombre la presencia de la Tierra...*

Con todo respeto quiero decirle a Fernando Centeno que este pensamiento no está completo, y que se tornaría más significativo, más misterioso y sugerente en esta forma: *Lo demoníaco es en el hombre la presencia de la Tierra... o del Eter.*

Eter es palabra de Holderlin, una de las víctimas luminosas —¡eternas!— del demonismo etéreo.

Para mí lo demoníaco —con Zweig— es "esa inquietud, innata y esencial a todo artista, que le separa de sí mismo y le arrastra hacia lo infinito, hacia lo elemental"... y también hacia lo caótico.

Esta segunda parte del libro de Centeno es la protesta por la ausencia de los dioses, la ira por lo innoble del hombre contra el hombre. (*El Prisionero*). La guerra, "tan estéril como una batalla", según decía Andrés Eloy Blanco, aquí se denuncia sin nombrarla, que es como se debe denunciar en poesía.

En alguna parte alcanza la voz de Centeno el relámpago vengativo de los profetas bíblicos:

*el niño asesinado y la virgen violada
y las madres aullantes como perras
[terribles...*

El último poema, el titulado *Hacedor de sueños: Anestesiista* es particularmente importante porque se sitúa dentro del movimiento onírico-vigilante de la poesía moderna, cuyo más alto exponente es el infortunado poeta Bernardo Ortiz de Montellano, el poeta mexicano de las anestias y de las mesas de operaciones, el que se murió aferrado a su tema, es decir, a consecuencia de la trepanación del cráneo. Su *Segundo Sueño* (1933) es uno de los poemas más impresionantes que se hayan escrito sobre la experiencia de la muerte artificial producida por drogas.

Fernando Centeno escribe en la misma dirección onírico-vigilante:

*En alburas y sangre sumergido
—caracol de espumas y de yodo—*

"El Angel y las imágenes"

Por Alfredo CARDONA PEÑA

(En Rep. Amer.)

Me complazco en saludar la poesía de Fernando Centeno, que desde mi tierra escribe su verdad en el agua.

Fuera de Fabián Dobles, mi paisano en el canto, y del "caso furioso" de Eunice Odio (*furioso* como sentido de posesión poética) se me hacía la poesía actual de Costa Rica resbaladiza y tembleque, que es lo contrario al verdadero temblor expresivo.

Unos cuantos señorones definitivamente clausurados, que escriben aún como se escribía hace medio siglo, nos vienen con la musiquita del 900, cuando no con romances esmirriados y otros énfasis y elocuencias que verdaderamente nos divierten en lo que tienen de caso perdido. Frente a estos ultratumbas del más acá, hay que poner a los poetas recientes que vienen con pujos revolucionarios y prédicas del ágora queriendo hacer la poesía de la hora sin disciplina ni dolor sincero:

De aquéllos, el *vade retro*; de éstos, el *no la amuelen*.

Felizmente, en este desorden histórico se dan los casos cabales, y ahora es Fernando Centeno quien nos sorprende con su libro *El ángel y las imágenes* (1953).

Las otras poesías que conocía de Centeno no me habían interesado, pero esto debe tomarse como una reacción arbitraria; ahora, en este libro, se me revela el poeta y lo digo con toda la alegría de que soy capaz.

En primer lugar, encontramos en Centeno un regreso a los símbolos del ángel. Principio nada original, pero buen principio. (¿Existirán los poemas absolutamente originales, que hicieran tabla rasa con la tradición?) Los "dioses" y los "celestes" de Holderlin, los de Cocteau, más todo el ejér-

cito de ángeles que en 1927-1928 comenzó a entrenar —y a estrenar— Rafael Alberti, son algunos antecedentes.

En Alberti encontramos: ángeles desconocidos, bélicos, desengañados, crueles, colegiales, carboneros, iracundos, tontos y buenos.

En Centeno hay: ángeles taumaturgos, coléricos, deshabitados, lodosos, en forma de interrogación y simbólicos.

Podría haber puesto "fuerza" o "llama" en vez de "ángel", que en todo caso es un contenido mítico, un prototipo de valores ideales, ay, tan ideales que a veces —muy pocas veces— "no hacen nada por el Universo", como lo dice irónicamente Alfonso Reyes, el cual agrega:

*ya no sirven para nada,
son ángeles, sólo eso.*

Apolo sabe que no podríamos hacer ironías con un libro tan bello como el que nos envía Centeno. Ya desde el prólogo advertimos el momento "raptado", esto es, delirante del poeta, que en un ciego entusiasmo quiere llegar a los rincones donde la eternidad construye al Hombre.

En la primera parte hay un *Génesis*, pues estos cantos son de origen. Se va apreciando cada vez más, conforme avanzamos en la lectura, el caudal lexicográfico de Centeno. Ese caudal es la única base que tiene todo poeta para encumbrarse a la imagen. Centeno es rico de léxico. Adjetivos y sustantivos, viejos como el mundo, se van encendiendo:

*los árboles son hombres atados a
[la tierra*

*El grillo es un arcángel arrastrando
[en la tierra sus muletas,*



“SELECTA”

La Cerveza
del Hogar

EXQUISITA Y SUPERIOR

tenido, reprimido y embodegado. No tiene ya signo ni dirección, porque en realidad no tiene objeto definido sobre quién gravitar, y vive allá lejos, remoto, rumiándose su propio sentimiento aversivo, no sabe bien contra quién. Pero la envidia sí sabe bien contra quién va y por qué. Y porque lo sabe prefiere no ver, no mirar, a diferencia del resentido que mira, acecha, espía constantemente para observar, quizás buscando alimento a su resentimiento. El resentimiento no es un anhelo, una aspiración, sino un sentimiento de vuelta, rechazado, un *re-sentimiento*, una recaída en el mismo sentimiento en continuo hilarse a sí mismo, pero arrinconado, rehuído, atisbado desde los rincones. La envidia, por el contrario, no es un *sentimiento rebotado*, sino una *aspiración insatisfecha*. Ambos, resentimiento y envidia, son negativas reacciones a estimar a los demás, pero en la envidia se desean los bienes de los otros y en el resentimiento, no; o al menos esos objetivos, han sido traspuestos en la conciencia. La mujer es envidiosa pero rara vez resentida; sólo cuando es escasa o agríada su feminidad. En cambio el varón sólo es resentido cuando está ganado de un fondo femenino que le despotencia para sus aspiraciones varoniles.

La envidia siempre se dirige a algo poseído por otro; cuando más inalcanzable sea lo envidiado más enérgica es la envidia. Es la posesión del bien apetecido lo que hace extinguir la envidia. El carnicero que envidiaba al marqués que tenía coche, ahora, cuando lo tiene también el carnicero, ya no lo envidia. Quizás sólo la envidia ahora su elegancia natural o su título de marqués. Por eso la envidia se reaviva y repone a la vista de la persona, y los bienes envidiados así, forman un complejo, pues si solamente anhelara los bienes, más allá de su poseedor, sería codicia y no envidia. No. La envidia se dirige al “alguien” en cuanto este alguien es poseedor de “algo”. No hay envidia de cosas como tales cosas. También el resentimiento es siempre resentimiento contra *alguien*, aunque el mismo resentido ignore contra quién y el por qué de ese oscuro sentimiento. Y también se reactiva a la vista de alguien que triunfó por cualquiera causa, aunque el sentimiento experimentado acote algún círculo determinado de triunfos ajenos: resentimiento artístico, científico, patriótico, político, sexual, etc., etc. Pero es escasa su reactivación, porque el resentimiento siempre vigila y está en activo, no como la envidia que se olvida en cuanto no ve aquello que la motiva. He ahí por qué no quiere ver ni mirar, para no alimentarse, pues la envidia duele al mismo envidioso. Desear lo que otro tiene, sin más, no es envidia, pero si ese deseo se alía con la impotencia para alcanzarlo, el deseo se transfiere de la cosa al poseedor, con impulsos de agresión. Y es claro que cuanto más altos sean los bienes deseados más inalcanzables resultarán para el impotente y más intensa será la envidia. Por eso la más terrible, es la que se dirige al propio ser de otro y que Scheler ha llamado muy acertadamente “envidia existencial” tan frecuentemente confundida con el amor.

Tanto Gracián como Morente, Menéndez Pidal y Benavente hallan que la envidia es una de las grandes pasiones de los españoles, Benavente ha dicho que España es el país en que los niños mueren de envidia. Sí... reconozcámoslo...

Valencia, España. Pedro CABA.

Lic. Aníbal Arias R.

Abogado y Notario

Apartado 2352

San José, Costa Rica

DESDE LA BARRA

Un libro que recoge día a día la impresión periodística de los debates en la Asamblea Nacional Constituyente al discutirse y emitirse la Constitución Política de Costa Rica de 1949. Haga su pedido a **Repertorio Americano**. Mande \$ 1.50 y se le remitirá por correo.

Autor: **Rubén Hernández Poveda** (“Lawrence”)

Es el mismo comienzo de Montellano:

Del sonido a la piedra y de la voz al sueño en la postura eterna del dormido...

Luego hay:

batas blancas y manos como encías pasos leves de goma de ratones

como en Centeno hay

...extraños filtros, antifaces y máscaras de sueño...

¡Extraña, misteriosa cercanía de dos poesías que creo no se conocen, pero que mueven sus antenas (esto es, sus palabras) en idéntico movimiento, ambas frente a la submarina flor del estremecido país de Oniria!

La tercera parte se llama *Angel Onírico*, y roza ya la alegría del himno:

Danza tu pie sobre los ríos como un cisne delgado sobre un vidrio.

dice, con una moderna y elegante imagen que a todos conforta.

Vuelvo a ver mis “mariposas de aire”, esas mariposas de aire que había escrito al final de mis *Jardines Amantes*. Dice Centeno:

Mariposas y pájaros de aire vuelan de tu traje...

Vienen la *Amazona del aire* y el *Crecimiento del ave*. Todo el libro se va terminando en una forma religiosa y pánica, donde por cierto resplandecen los valores intrínsecos del creador Idiomático.

Y en resumen: tenemos en Fernando Centeno a un gran poeta nuestro, dueño de un vocabulario abundante, pleno de originalidad y frescura.

Sepámoslo leer por debajo de la lectura, allí donde los verbos —como las raíces primordiales— succionan los jugos de la vida y nos quemamos con la electricidad generosa de la poesía.

México, D. F., febrero de 1953.

Resentimiento

(En el Rep. Amer.)

Recordaré la fina diferenciación de Morente entre el sentimiento de la propia estimación y el resentimiento que él identifica con la envidia: “Entre el resentimiento o envidia reprimida y el profundo sentimiento de la propia estimación y superioridad, las diferencias externas y visibles no son siempre claras. El hombre que tiene de sí mismo una alta idea, un profundo sentimiento, propende naturalmente, a no percibir los valores ajenos y aun menospreciarlos. Ahora bien; precisamente esa actitud de menosprecio a lo ajeno es lo que el resentido o envidioso adopta también; la conducta, pues, es la misma en ambos casos. Por eso se explica fácilmente la confusión. Pero la diferencia interna es profundísima. El resentido *finje* el menospre-

cio, porque *siente* su propia inferioridad. El hombre de conciencia moral *siente* de veras ese menosprecio, porque no reconoce nada ni nadie superior a sí mismo”.

Debo añadir solamente que el resentimiento no coincide exactamente con la envidia. El resentimiento es más indeterminado de objetos; en realidad no necesita objeto para ser resentimiento. Le cuesta mucho concretar. El resentido no sabe dar razones de su rencor cuando se le piden y aunque de buena voluntad se proponga darlas. En realidad no tiene razones; o mejor dicho sí las tiene y muy vivas, pero muy hondas, tanto, que no están ya en la conciencia. Y por eso no sabe darlas cuando se le piden. Es más que un sentimiento; es un *re-sentimiento*, un viejo enojo re-

Que su llama nos queme

Por Fernando G. CAMPOAMOR

(En Rep. Amer.—Colaboración)

Ya medimos nuestra voluntad de nación con cuadrícula de siglos. Somos ya hechos de tiempo. Y cien años de José Martí serían pobre certificado de senectud si nos ciñéramos a abrir unas comillas para repetir su formidable prosa. Por suerte, todavía es un viento fuerte que impulsa las velas. Más que reliquia, punto de mira; más que mito, consigna, y más que pedestal, milicia.

Además, Martí no necesita medium para hablar, porque no es muerto común. Los muertos a su manera siguen en diálogo con los vivos y en alta voz. Creyó la hora oportuna y canjeó su sanguíneo corazón de apasionado por una rosa blanca de cenizas, pero las cenizas se aventaron y Martí permaneció en continuidad, empujándonos con su índice hacia la adultez de patria.

Si algún pecado venial de adolescencia cargamos es la inercia. Limitados indolentemente a leer de corrido el mensaje martiano, tanto repetimos como autómatas sus palabras, ayunos de autocrítica, que se hicieron esa especie de aroma habitual que acaba de borrársenos del olfato. Nos quedamos con el Martí de oídas para las veladas de fecha nacional, mientras la República crecía en cuerpo y sus músculos juveniles dormían su pereza. Fué la siesta que creíamos ganada luego de salir fogueados de la guerra del 95 con una bandera fresca en el mástil y un himno inefable en la garganta.

Martí estaba demasiado cerca, muy al alcance de la mano. Todavía la pólvora mambisa era una especie de neblina de bajo que bloqueaba el horizonte. Su estatura vendría con la distancia histórica. Con la distancia claréó su luminoso perfil de montaña. Hasta entonces —casi hasta las vísperas de un siglo del parto en la calle Paula— nos bastó con los pequeños mármoles de la estatua del Parque Central habanero, tan mezquina como él vió la de Lincoln en el Union Square de New York.

El puro tedio de vivir, que paladeaba Baudelaire como una copa de ajeno, se nos hizo pavorosamente trágico. Ni los desfiles con himno y bandera alcanzaron a curarnos las heridas de una economía colonial que gangrenaban por haber cerrado en falso. Aquéllo era externo y ésto muy interno, aunque aquéllo nos nublara los ojos con lágrimas románticas. Y no fué hasta ayer, o hasta antier no más, que jugamos con la salud de Cuba como quien deportivamente se devora a sí mismo.

José Martí llega hoy, en su primer siglo de inmortalidad, para invitarnos a examen. Por desventura, no es demasiado pronto. Por ventura, no es demasiado tarde. Llega con su aval, como una transfusión de sangre pura y antigua a los que nos diseábamos, ávidos de su plasma milagroso. La vena está abierta para los cubanos, y rato lo estará, pero no la desperdicieemos con sangrías.

Los objetivos nacionales están por delante y lejanos. Ensanchando un poco el compás sobre el tiempo, pudiéramos fijar los. Casi son los mismos con que estrenamos el inocente grito de libres. Había que estar sordo de la peor sordera, sordo por dentro, para desconocer que Martí advir-

tió y presintió las esperanzas y los peligros republicanos. Era un grande poeta, género de hombre que camina la vida al duplo, porque tiene suficiente caudal para bifurcarse sin perder el torrente. Poeta porque sazónaba versos con legítimo candor y porque al mirar y traducir con impulso lírico su circunstancia, usa además el sentido de la adivinación que le descifra el porvenir. Misterioso desdoblamiento de los que, abrazados a su estrella, contagiados con la inquietud de su época, la fecundan y siembran hasta que el pueblo la retoña para hacerla tronco de su historia. El celo destructivo —como gustaba contar un ácrata insigne— se hace celo creador.

A las puertas de la República, cuando había echado por delante a los otros que convenció con su palabra de pasión razonada, montó su caballo de soldado raso y fué a que le fusilaran en el tibio paisaje de Oriente. También por delante había ido un manual de gobierno en el programa del Partido Revolucionario Cubano, en el Manifiesto de Montecristi y en los papeles de intimidad epistolar a Gonzalo de Quesada, Manuel Mercado y Federico Henríquez Carvajal.

Hacia adentro y hacia afuera nos dibujó las vías el eminente fundador, porque de adentro nació y de afuera regresaba sin que las pupilas geniales le mintieran una interpretación rotunda, inerrable, que nos entregaba en relevo como doctrina para la República.

Sabía mucho más, Por ejemplo, bien sabido tenía que éramos un estrecho río desembocando en mar libre, y que la infancia nos esperaba como un remolino de aguas turbias. No le temblaba el pulso para escribir: "Lo que tengo que decir, antes que se me apague mi voz y mi corazón cese de latir en este mundo, es que mi patria posee todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad".

Los puntos sobre las íes van puestos con infalible ortografía cuando define la democracia, los ingredientes raciales de la Isla, el desarrollo de industrias "propias y originales", la servidumbre del país sometido al monocultivo suicida y la sombra feudal de latifundios. Tenso y avizor, anticipa la etapa imperialista del capital financiero yanqui y la codiciada ubicación de Cuba en el mapa donde luego la Geopolítica nos sitúa como batiente de la estrategia norteamericana.

Cuando Carlos Baliño, pionero socialista, le preguntó más a fondo, Martí fué radical: "¿La Revolución? La Revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la República".

¿Adónde estamos, cubanos? A Martí le avergonzaba no estar donde debía. Por supuesto, estuvo siempre útil y en su sitio. A esta generación, y a la anterior, nos caen encima las interrogaciones. Responder hoy, a presencia de Martí es deber intransitivo. Tenemos culpas y disculpas. ¿Quién que sea nuevo no las tiene a la par? Es el saldo normal del aprendizaje. El propio Martí nos amortigua el aguijón de las faltas: "Todo hombre en la tierra ha caído una vez..."

Dr. E. García Carrillo

CARDIOLOGIA (Radioscopia y Electrocardiografía), METABOLISMO,
VENAS VARICOSAS.

Sus teléfonos: 1254 y 3754

Si quiere suscribirse al
"Repertorio Americano"

diríjase a

F. W. FAXON C^o

Subscription Agents

83-91 Francis Str.
Back Bay

Boston, Mas. U. S. A.

Los pueblos se hacen de hombres". Tampoco nos pedía madera estoica capaz de sanar en un cincuentenario lo enfermo en un dilatado tramo de colonia.

Nos acusa desde afuera la invasión de un pueblo que compra y manda —para decirlo con letra de Martí— y que matiza la economía insular en los límites precarios de la materia prima. Por las guardarrayas, típicamente antillanas, se nos va el azúcar, y detrás, en comparsa dramática la propiedad de la finca, de la mina, del ferrocarril, del avión.

Nos acusa desde afuera la ola de alfabetos, el bohío indígena, el guajiro sin tierra, la cifra de desocupación, el "tiempo muerto" entre zafras y los niños parasitados que duermen a la intemperie. Nos acusa el descenso de dignidad en las costumbres públicas, la ausencia de valores tabulados, la conspiración frente a la cultura, las manos metidas en los dineros públicos y el saldo de pistoleros inmunes.

Por obra y gracia de ser como somos, la obra y desgracia de las restas no han podido con las sumas. Cuba es el más alegre pueblo de América: sabe hacer humorismo hasta de sus reveses; la acción técnica, la iniciativa criolla por los más nuevos modelos de la economía y su despier-ta interpretación civil son testimonios de permanencia. No dimitimos ante nada ni nadie; no bajamos cabeza en las horas negras. Creo que no es frívolo contar las antenas de televisión alzadas a lo largo y ancho del mapa como agujas sensibles al olor del aire.

Sería antimartiano pronunciar la palabra fracaso. Lo que está por hacer, se hará. Martí todavía está haciendo. De su miga nos alimentamos como pan de cada día porque trae la levadura de nuestro destino. Tenemos tradición libertaria y ciudadanos alertas. Tenemos hijos no envilecidos, sin erosión de vicios, que apuntan al futuro, que cantan glorias del abuelo mambí y estimulan al padre, que cruzó con huellas de lección por el otro combate de un país en minoría de edad.

Hecho balance veraz del examen ajustemos las cuentas con los propósitos. Las cuentas son a repartir con todos, porque

no hay cubanos que no sean críos de Cuba. Otra cosa es regar fósforo, echar leña para hacer hogueras de guerra civil, pedir la tala de la patria. Otra cosa es jugar con fuego y perder las resinas. En las polémicas de hermanos la verdad no es extremista: in medio veritas. Y si no estamos hablando de Josí Martí para respetarle, para seguirle y para jurarle voluntad de nación, todo este centenario sería una mascarada y un delito.

“No es de cubanos —dijo él— vivir como el chaçal en la jaula, dándole vueltas al

odio”. Decimos nosotros: pueblo partido en dos o en cuatro, es carne para invasores. Mal epitafio sería aquél de Larra: “Aquí yace media España. Murió de la otra mitad”.

Juntarse es la palabra de orden en las honras de José Martí que es el más ardiente sol, el más cálido mediodía de Cuba. Con su luz solar nos trae la sangre a piel, no como rubor de estigma sino como signo de vida. Que nos inflame con el resplandor. Que su llama nos quemé.

La Habana, 1953.

Una suscripción al Rep. Americano
la consigue Ud. con

Matilde Martínez Márquez

LIBROS Y REVISTAS

Avenida Los Aliados N° 60

Apartado N° 2007

Teléfono FO-2539

La Habana, Cuba

Ibn Hazm y el Arcipreste de Hita

Colaboración de Juan LOVELUCK

(En Rep. Amer.)

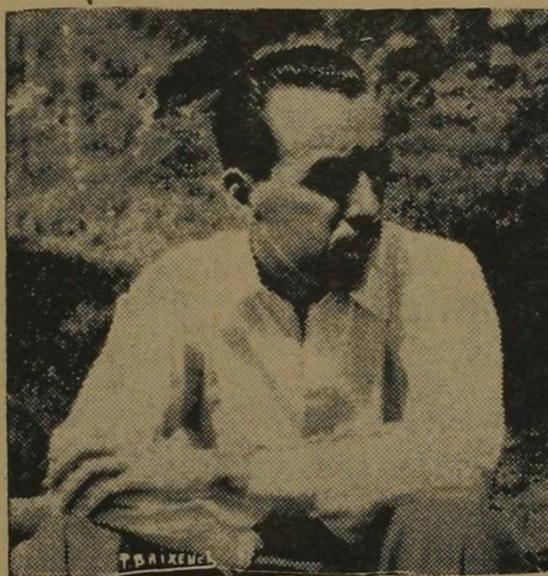
Juan Loveluck M.: Nacido en Santiago de Chile en 1929, crítico y ensayista que empieza a divulgar su obra, breve todavía. Enseña Literatura Española, como profesor ayudante en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Trabaja en la actualidad para una importante empresa editora de Santiago prologando y anotando ediciones de Juan Ruiz, Fernando de Rojas, Lope de Vega, Tirso de Molina, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, etc. Escribe en diarios y revistas de su país.

✕

Al aparecer en 1948 *España en su historia*, de Américo Castro, los estudiosos de la literatura española y especialmente los del complejo *Libro de Buen Amor*, del Arcipreste de Hita, debieron volver la vista, con no poca curiosidad, hacia una obra de rara estructura, en la que lo autobiográfico está vertido en mezcla curiosa de prosa y poesía combinadas: *El Collar de la Paloma*, del polígrafo hispanoárabe Ibn Hazm o Abén Házam de Córdoba (994-1063).

Para Castro, en el *Collar* está una de las grandes raíces del *Libro de Buen Amor*, y no pocos de sus apasionantes modos expresivos y temas explícense perfectamente suponiendo un puente cognoscitivo entre la “deliciosa maqama” de Habm y la fecunda vena poética arciprestal. En el fundamental estudio de Castro se hallan no menos de trece paralelos entre las obras del hispanocordobés y el Arcipreste, que revelan, en la autorizada opinión del romanista, un contacto indiscutible entre ambos escritores, que supondría, claro está, una influencia del primero sobre el segundo.

Ante todas estas afirmaciones, el más curioso lector debía conformarse con acudir a una traducción de la obra de Hazm no al idioma apropiado. La más conocida, de A. R. Nykl (1931), al inglés, es casi inaccesible. Por eso la traducción castellana que ha publicado en Madrid el conocido arabista español Emilio García Gómez (1), nos abre hoy más posibilidades para el detenido estudio de las ideas de Castro, hoy cate-



Juan Loveluck

(1953)

✕

drático en la Universidad de Princeton.

La nueva brecha abierta por García Gómez en los estudios hispanoárabes no es sino una continuación de la que iniciaron sus maestros, eminentes arabistas, don Julián Ribera Tarragó y don Miguel Asín Palaciones, traductor el segundo de dos importantes obras de Hazm: *Los caracteres y la conducta* (1916) y la *Historia crítica de las ideas religiosas* (1927) y autor, además, de un voluminoso estudio sobre su vida y obra, publicado entre 1927 y 1932.

Ahora —gracias a García Gómez— nos resulta fácil analizar los puntos de vista que orientaron a Castro en su estudio, imprescindible para muchos aspectos de la cultura y letras españolas.

Ningún lector que coteje someramente ambas obras —*Libro de Buen Amor* y *Collar*— dejará de observar la enorme *similitud tonal* que las une: el nexa autobiográfico, nivelador de formas y estilos, que puede, en algunos fragmentos, inducir a errores graves, como sería afirmar sin ambages el conocimiento de Hazm por el Arcipreste, aceptado por Castro y rebatido a éste por su antiguo discípulo, en la Introducción de su nueva obra.

Numerosos son los parecidos que llamamos *tonales*, y los puntos comunes entre las dos obras; al confirmarlos la lectura, se piensa con facilidad en cómo dos cerebros pueden afinar tanto sus miras sin antes relacionarse larga, directamente.

Señalaremos algunas de las mencionadas

coincidencias —pequeñas pero de interés— que no han sido destacadas por los ilustres investigadores citados.

En el *Enxiemplo de la propiedad que'l dinero ha*, escribe el Arcipreste el famoso verso que, interpretado autobiográficamente, a más de uno hizo pensar en una visita del turbulento poeta a la sede papal: “Yo vy allá en Roma, do es la santidat...”, muy semejante con algunas expresiones típicas del escritor cordobés —y propias del discurso autobiográfico—: “Yo he pisado las alfombras de los Califas y he asistido a las audiencias de los reyes...” (p. 175), “Yo conozco de la gente de Córdoba...” (p. 129), etc. La técnica que posee Hazm para introducir los trozos líricos que le sugieren sus experiencias vitales —que en su obra como en la de Juan Ruiz ocupa primer plano— no desdice de la empleada por el de Hita. Recordemos que éste, en cantidad de casos, escribe: “Ffiz luego estas cánticas de verdadera salva”, “Ffize con el gran pessar esta troba cazurra”, “Ffize esta otra troba, non vos sea estraña”, “Desta burla passada ffiz un cantar atal”, “De quanto ay pasó fize un cantar sserrano”, etc. Por su parte, Hazm emplea el mismo sistema introductor, y los hermosos engarces poéticos dentro de su finísima prosa —que ha conservado maestramente el traductor— vienen siempre precedidos por la repetida fórmula: “Sobre una relación parecida, yo dije un largo poema” (p. 68), “Acerca de esto yo he dicho...” (p. 77), “Yo he dicho en verso sobre el asunto...” (p. 81), “Sobre un caso parecido escribí en un largo poema...” (p. 83), “Acerca de este asunto he compuesto estos versos...” (p. 86), etc. El lector puede agotar provechosamente los cotejos de éste y otros lugares afines.

¿Supondremos, entonces, un contacto directo, siguiendo a Castro? Necesariamente, no. Pueden darse estas afinidades entre autores muy distantes temporal, geográfica e idealmente, sin necesidad de contacto literario. Mas remitámonos a las autorizadas conclusiones del arabista García Gómez. Sus interesantes impugnaciones a Castro merecen ser conocidas.

A García Gómez, “después de leer con deleite el de veras centelleante y sugestivo centenar de páginas que Castro dedica a comparar el *Collar de la Paloma* y el *Libro de Buen Amor*” (p. 52), las obras continúan pareciéndole bastante distintas, e irreconciliables el carácter y la vida de sus autores, sin dejar de reconocer por ello que

(1) *El Collar de la Paloma*, Tratado sobre el Amor y los Amantes, de Ibn Hazm de Córdoba. Traducción e Introducción de E. García Gómez. Prólogo de J. Ortega y Gasset. Soc. de Estudios y Publicaciones. Madrid, 1952.

el libro de Juan Ruiz "no puede ser entendido sin multitud de supuestos árabes; que es, si se quiere, una obra mudéjar, e incluso que presenta algunas analogías turbadoras aunque de menudo detalle, con el libro de Ibn Hazm" (p. 52). De las numerosas comparaciones realizadas por Castro —que abomina de ellas, como dice en nota, en alguna página de su libro— entre trozos en su opinión evidentemente contaminados por el conocimiento de Ibn Hazm, muchas son suprimidas por el traductor, por parecerle "insignificantes o forzadas". Las para él representativas son solamente cuatro, y de esos paralelos, admite dos que, en último término, no son definitivos, pues "tocan el lado más humano, accesible y vulgarizable del Collar" (p. 55). Hasta el tipo de alcahueta, dice el traductor del *Libro de las banderas de los campeones* estaba "ya

perfectamente caracterizado en la España musulmana", y remite al lector a *La alcahueta*, de Abu Chafar Ahmad Ben Said, número 65 de sus *Poemas arábigoandaluces*.

Las conclusiones de García Gómez son fundamentales para los actuales estudios del multiforme poemario de Juan Ruiz, sobre todo si se toma en cuenta que ni Félix Lecoy, ni María Rosa Lida —profundos caladores del *Libro de Buen Amor*— inciden en este aspecto de las raíces de la obra.

El estudio preliminar, del arabista a que nos hemos referido, nos deja en tremedales de incertidumbre e hipótesis. Para él "el precioso libro de Ibn Hazm debió de circular muy poco; es libro aristocrático y muy difícil, y se halla separado del *Buen Amor* por verdaderos abismos de diferencias espirituales" (p. 55).

Vemos, pues, que la erudición, una vez

más, no nos puede dar la clave y sólo aporta opiniones en cierto modo contradictorias. Sigamos cualesquiera de los caminos indicados, sea por Castro, sea por García Gómez, o procedamos eclécticamente, sirviéndonos de la traducción comentada. Siempre, como al principio, volveremos a encaminar nuestra mente hacia esos momentos —¿cómo llamarlos?— en que dos cerebros, dos escritores, sin contacto de ninguna laya, ni siquiera el estrictamente temporal, ante las páginas blancas, en noches desveladas, recurren tal vez a los mismos hados inspiradores, y llegan a pensar y a escribir casi igual —milagro que sólo el arte logra— sin perder ninguno el sello de su poderosa, indestructible originalidad.

Santiago de Chile, enero de 1953.



QUÉ HORA ES ... ?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Atención al baile!

Por Agustín NIETO CABALLERO

(En *El Tiempo*, Bogotá, noviembre 16 de 1952).

El mundo parece que está resuelto a romper en la hora presente toda noción de ritmo y armonía. Las generaciones nuevas, tan buenas y malas, tan humanas, como las anteriores, viven, sin embargo, en un ambiente en el que todo conspira para estropear sus sentidos, y por ello no es aventurado pensar que a la larga serán muy distintas de sus precededoras.

Otro día hablaremos de los cuadros que hacen parpadear a los estupefactos visitantes de las exposiciones, y hablaremos luego también de los versos que riman lo mismo, y lo mismo dicen, si se leen de arriba abajo o de abajo arriba. Hoy queremos limitarnos al baile, aun cuando tratar de lo uno es como ocuparse de lo otro, porque el pintor, el poeta y el danzarín estridentistas parecen, en efecto, ser una misma persona. Tienen al menos un impresionante parecido de familia.

Pero concretémonos a la danza y a la música que la acompaña.

Como nota de color no hay, ciertamente, nada como estos bailes desarticulados que en el Africa del Sur y la América del Norte lanzan al mundo en cada nueva estación. Excelentes parecen también como ejercicios de entrenamiento para la lucha libre, el boxeo, el salto de garrocha y la carrera de relevos.

Algún erudito etnólogo me ha informado que el mambo, "divertimiento cumbre", tuvo su origen en la danza guerrera de una tribu mozambique. El hecho de que los danzarines den la apariencia de llevar los huesos rotos se debe a que así caminaban los negros después de una pelea, y nos ocurre pensar que los blancos lo harían de la misma manera al recibir un mazazo en la cabeza.

Anteriormente se denominaba un baile semejante a éste, pero más acompasado,

la marcha de la parihuela, inspirado este nombre en el pasitrote de redoble y el movimiento de hombros que lo caracterizaba.

Estos bailes modernos hay que aprender a mirarlos como se aprende a mirar un cuadro futurista. A éste hay que darle vuelta con la imaginación para adivinar qué fué lo que quiso pintar el artista. Así con estas danzas.

¿Qué imita este joven que se convulsiona frente a la niña que le hace gestos mientras retumban las disonancias del jazz? ¿Es un auto que avanza con las cuatro llantas desinfladas? ¿Es un trompo de lata en sus últimas vueltas? ¿Es una botella de remedio en los momentos en que el paciente cumple con la orden de la etiqueta que dice: sacúdase antes de tomarlo? De todas maneras se hace evidente que para gesticular de este modo no se necesita, y antes puede ser inconveniente, estar en su pleno juicio.

Entendiendo de esta manera los nuevos bailes resultan en extremo interesantes. Al principio los mira uno con el ceño fruncido y el corazón en un puño, pero en dando con la clave de su significado, la austera mirada del imparcial observador se convierte en sonora carcajada.

En un comienzo los padres, sobre todo las madres de familia, se sintieron alarmadas con estas nuevas danzas que traían toda la apariencia de una grave enfermedad. ¿Y a sus niños ya les dió el mambo?, se preguntaban unas a otras. Mas como en estas épocas son los hijos los que en frecuentes ocasiones dan enseñanza a sus padres, pronto padres y madres se sintieron atacados por idéntica dolencia, y aun cuando por obvias causas no lograron la misma agilidad en lo que se ha llamado el disloque musical del esqueleto, rivalizaron con los chicos en sus más fieros gestos.

Ahondando en nuestra conversación le hice observar a mi interlocutora la tristeza que invadía a todos los danzarines. Nadie parecía darse cuenta de lo extraordinariamente divertido que resultaba lo que estaban haciendo. No había espejos en el salón pero bastaba que unos a otros se observaran para que, por poco espíritu jocoso que tuvieran, estallaran en carcajadas. No obstante todos los que tomaban parte en este concurso de gestos y ademanes, parecían más bien participar con toda solemnidad en un rito que no podía ser tomado a broma. Una dama contraía los ojos como si hubiera perdido sus gafas, otro se llevaba las manos a la cara frunciendo el ceño en un rictus que clamaba por la asistencia de un dentista. Otra daba la impresión de acabar de levantarse del suelo después de un accidente de automóvil, en el cual le hubieran fracturado un omoplato. Había otra que por propia iniciativa se hacía ella misma la respiración artificial. Otra parecía atacada de un acceso de tos ferina desde los tobillos hasta el gracioso moño ajeno que llevaba sobre la cabeza y que amenazaba volar por el espacio a cada estremecimiento. Otra, víctima al parecer de un cólico renal, hacía esfuerzos sobrehumanos para dominar el dolor.

¿Qué es esto?, pregunté yo con inocencia bautismal, temiendo que se tratara de un envenenamiento general, y que lo mismo habiendo comido de idénticas viandas, comenzara de pronto a hacer las mismas impresionantes muecas. La persona que estaba a mi lado al oír mi pregunta, respondió tranquilamente: "Es un merengue, doctor". ¿Pero acaso, me atrevía a insinuar, un merengue puede producir tamaña intoxicación? Sobra agregar que la ilustrada dama se compadeció de mi ignorancia, y con gesto maternal me explicó que el merengue era una danza mucho más sabrosa que cualquier golosina, y que ya vería yo cómo el fandango y la safra y el lumbalú acabarían por reconciliarme con el bello ritmo que a través de los espacios nos llegaba desde Africa con esa extraña y soporífera cadencia que sólo el negro posee.

Tenía razón la buena dama que me instruía. Tan pronto como cesó la música, o lo que por tal se oía, todos los danzarines quedaron tranquilos, no diría yo que alegres, pero sí resignados de haber terminado su faena. Volvieron a la mesa a continuar el banquete interrumpido por el merengue, y pude notar que sólo yo me sentía eufórico en aquella fiesta en la que se

estaban haciendo cosas tan graciosas con la mayor seriedad. Nadie hacía mención a lo que acababa de ocurrir. Todos parecían olvidar los gestos ofensivos que minutos antes se habían hecho unos a otros. No había entre ellos el menor resentimiento, ni el más ligero asomo de enojo. Reanudado el ruido de los platillos, los tambores y los pitos destemplados, volvieron los comensales a iniciar su pantomima con igual fervor. Así, pensé, deben ser las fiestas en el Congo. No hay duda de que debe ser interesante ir por allá.

De nuestra observación personal podríamos derivar ciertas reglas infalibles para bailar bien el mambo o el merengue en un salón de alta distinción: Haga usted de cuenta que lo persigue un panal de abejas (primer tiempo). Imagine usted que ha caído en un hormiguero (segundo tiempo). Hágase usted el loco (tercer tiempo). Imite ahora al bobo de su pueblo (cuarto tiempo). Entre usted en trance epiléptico (quinto tiempo). Sacúdase, abrácese a su pareja, y descanse (último tiempo).

Convendría en justicia agregar que el ritmo de los bailes nuevos no es el mismo para todos los danzarines. Unos parecen bailar a destajo. Otros dan la impresión de hacerlo por jornal. Es posible que estos últimos, aburridos ya de tanto zarandeo, marchen a un compás que ya no es de desesperación sino de desesperanza. Se ve también el caso de las jóvenes parejas que al margen del torbellino de las danzas nuevas se adueñan de las cuatro esquinas de la sala de baile, y allí en la enternecedora intimidad del *cheek to cheek* parecen ha-

berse quedado dormidos en pie, pero son los más despiertos de todos. Olvidados del jazz danzan cadenciosamente al compás de sus emociones. "¡Nada de esas confianzas!", hubieran dicho en otro tiempo la madre o la tía de la niña tan afectuosamente tratada por su compañero, pero hoy la frase admonitoria no se oye, porque madre y tías se han quedado en casa con "la canastita" o bailan en otra parte. La niña ha salido con amigos, y cada cual está en lo suyo.

Y no se crea que estos bailes modernos son en los tiempos que corren monopolio de las clases altas. Me bastaría una frase para confirmar el hecho: "El mambo es buen ejercicio, me decía un albañil, pero destalona mucha alpargata". Recuerdo ahora también el concepto gráfico de un campesino: "El merengue corta el hipo". El pueblo está, pues, al tanto de lo que son estas cosas.

La técnica de la desarticulación en la danza abarca así todas las capas sociales y en una y otra zona los complicados pasos se realizan a la perfección. Hay que llevar, esto sí, la inteligencia en los pies.

Como broche de oro para estas ligeras consideraciones que no tienen otro mérito que el de fijar en el papel algunos aspectos un tanto impresionantes del mundo en que vivimos, copio la frase de la linda dama que fuera mi compañera de mesa y en una soirée danzante: "Esto sí es folklore; lo demás es extranjerismo". Un negrito que escuchó la frase lapidaria mostró todos sus dientes en una abierta sonrisa de satisfacción al advertir, sin duda, cómo el Africa lejana se había hecho tan íntimamente nuestra.

Conversación con Gabriela Mistral

(Viene de la pág. 56)

conformación sociológica y económica del Imperio de Atahualpa, donde no había mendigos ni millonarios, donde las tierras estaban distribuidas entre todos los habitantes de la región y donde todo era para todos...

—Y así es, dice Gabriela. He leído tres veces por lo menos, en francés, un libro de Boudin que se llama *El Imperio Socialista de los Incas*, que es la explicación más completa del tópico a que usted se refiere...

Tenemos que despedirnos. Le hemos quitado cuarenta y cinco minutos de su tiempo y anoche casi no pudo dormir del cansancio, según nos dijo. Y su secretaria agrega: Abusa mucho de su fortaleza. Esta noche tiene una conferencia sobre Chile en el Ateneo de La Habana. Y ha dado entrevistas a numerosos periódicos de los Estados Unidos, de Europa y de América. Además de que como invitada por el Ministerio de Educación a los actos de la celebración de la Semana de Martí, ha tenido que concurrir al Capitolio Nacional, al Centro de Veteranos, al Ministerio de Estado, al Palacio de la Presidencia. Y tanto trajín para un organismo que no está bien del todo, es muy fuerte.

Agrega su secretaria que el Ministerio de Educación de Cuba quería que fuera por las seis provincias de la isla divulgando la ideología y la poesía martiana. Pero ya ha recibido instrucciones de la Cancillería de Chile de estar cuanto antes en Miami, Estado de la Florida, donde debe residir durante algún tiempo en funciones consulares de Chile.

Gabriela se pone de pie. Alta como Neruda y como todos los hijos de la región del Arauco. Su palabra es suave y ponderada. Le extendemos la mano y nos damos cita para las nueve de la noche en el Ateneo de la Habana donde escucharemos nuevamente su palabra luminosa y orientadora.

La Habana,
3 de febrero de 1953.

Cuadernos Americanos

Apartado Postal 965
México, D. F., México

Estos libros interesantes:

Antonio Castro Leal: <i>Juan Ruiz de Alarcón</i>	Dól. \$1.00	Honorato Ignacio Magaloni: <i>Signo</i>	1.50
Juan Larrea: <i>Rendición de Espiritu I y II</i> , cada uno	1.00	Alfredo Cardona Peña: <i>Los Jardines amantes</i>	1.50
Eduardo Villaseñor: <i>Ensayos Interamericanos</i>	1.00	Germán Pardo García: <i>Luce-ro sin orillas</i>	1.50
Emilio Prados: <i>Jardín Cerrado</i>	1.00	Gustavo Valcárcel: <i>La agonía del Perú</i>	0.50
Rodolfo Usigli: <i>Corona de Sombra</i>	1.00	Luis Quintanilla: <i>Democracia y Panamericanismo</i>	0.70
Jesús Silva Herzog: <i>Meditaciones sobre México</i>	1.00	Dora Isella Russell: <i>El otro olvido</i>	0.70
Mariano Picón Salas: <i>Europa-América</i>	1.00	Concha Urquiza: <i>Poemas</i>	0.50
Pedro de Alba: <i>De Bolívar a Roosevelt</i>	1.00	Miguel Alvarez Acosta: <i>Muro blanco en Roca Negra</i> . Novela. Premio <i>El Nacional</i>	2.00
Octavio Paz: <i>El Laberinto de la Soledad</i>	1.00	Miguel Alvarez Acosta: <i>Nave de Rosas Antiguas</i> (Poemas)	2.00
Enrique González Martínez: <i>La Apacible Locura</i>	1.50		
Gustavo Valcárcel: <i>La Prisión</i>	1.50		
Manuel Pedro González: <i>Estudios sobre Literaturas Hispаноamericanas</i>	2.00		

Solicítelos a *Cuadernos Americanos* (México, D. F.); o a *Rep. Americano* (San José, Costa Rica).

Giro Bancario sobre Nueva York.

Una suscripción al *Rep. Americano* la consigue Ud. en Chile, con

GEORGE NASCIMENTO y Cía.

Santiago, Casilla Nº 2298.

—o—

En El Salvador, con el

Prof. ML. VICENTE GAVIDIA

En el Liceo Santaneco
Santa Ana.

Octavio Jiménez A.
ABOGADO Y NOTARIO

Oficina: 25 varas al Oeste de la
Tesorería de la Junta de Protección
Social

TELEFONO 2034

APARTADO 338